

ORTEGA Y GASSET EN SU PUESTO

(Crítica preliminar de su *Obra Inédita*, como expresión de su pensamiento filosófico)

I.—INTRODUCCION

Estimo que la crítica ha de ser justa para que no sea fatua e inane, por un lado; y una injuria, por otro; y además, que ha de estar investida de pasión, ser firme, para que logre efectividad plena en la vida. Porque la pasión que se pone en la crítica no la hace, necesariamente, injusta. En efecto, la pasión puede preceder a la formulación del juicio y entonces, al enturbiar la visión, de la que depende la rectitud del enjuiciamiento, la hace total o, por lo menos, parcialmente injusta. Pero puede también seguir a la formación del juicio y en tal caso, sin hacerla en modo alguno injusta, la facilita y da calor vital y fuerza a la expresión del juicio crítico (1).

Y ahora, al decidirme a enjuiciar en estas páginas la *Obra Inédita* (2) de Ortega y Gasset como expresión de su pensamiento filosófico, considerándola de modo especial como articulada con su *Obra*

(1) SANTO TOMAS DE AGUIÑO: *Suma Teológica*, parte I-II, cuestión 24, art. 3 ad 1. Véase la cuest. 77, art. 6. Pueden consultarse también las Cuestiones Disputadas: *De Veritate*, 26, 7; *De Malo*, 3, 11.

(2) Para prevenir una posible confusión con algunas expresiones que por necesidad emplearé, voy a definir las aquí todas. Llamo «Obras Completas» a los seis volúmenes publicados bajo ese título por la Editorial Revista de Occidente, en Madrid, en 1950-1952, 2.^a edición. (Se está imprimiendo actualmente la cuarta). Estas «Obras Completas» (uso a veces la expresión en singular) integran lo que también denominó «Obra Impresa» (se entiende :/ publicada en vida del autor). Llamo «Obras Inéditas» (a veces en singular) al conjunto de volúmenes (sin numerar) que, bajo este título general, preparan para su publicación después de la muerte del autor, próximos y fieles discípulos suyos, y va publicando la misma Editorial. Hay ya algunos publicados, otros en preparación. Es lo que constituye su obra póstuma. El conjunto de «Obras Completas» y «Obras Inéditas» forma lo que podemos llamar *Obra total* de Ortega y Gasset.

Impresa, no voy a esforzarme en restar ímpetu ni fuerza alguna a la justa opinión que sobre ella me ha proporcionado un trabajoso y detenido estudio, pues la verdad está reclamando aquí no sólo fuerza lógica, apodíctica, sino fuerza vital plena.

Advierto que en esta crítica no tengo presentes la totalidad de las Obras Inéditas del autor—que todavía no han sido publicadas todas—, ni siquiera la totalidad de las ya publicadas. Opero, por ahora, sobre la obra: *El hombre y la gente*. Ella ofrece materia sobrada para formular una serie de conclusiones decisivas de sumo interés. Ni quiero esperar a que me lleguen las otras ya publicadas, ni a que se publiquen las demás. Ni tampoco lo necesito. Tiempo habrá de enjuiciar convenientemente las otras obras póstumas que faltan por publicar, o las publicadas, pero que yo no he leído, si tienen algo interesante para nuestro asunto, sobre todo la titulada por el autor: *Aurora de la razón histórica* (3).

No me limito a exponer y fundamentar mi juicio; me es sumamente agradable contraponerlo a los de algunos otros de que tengo noticia y al del mismo Ortega sobre todo, pues es de notar que tiene juicios, y no pocos, sobre algunas de sus obras inéditas.

2.—APRECIACIONES AJENAS DE LA OBRA INEDITA DE ORTEGA

No he querido esforzarme en hacer una compilación completa de los juicios de otros autores sobre la Obra Inédita de Ortega. Tengo ya mi juicio formulado sobre bases informativas, que son las obras mismas del autor. No obstante, tampoco quiero dejar sin comentario dos apreciaciones ajenas que me vienen a la mano sin buscarlas y, por cierto, pueden tomarse como ejemplares o muestras típicas de todas las demás.

a) Julián Marías y Manuel Mindán, frente a frente.

Julián Marías, hace años, en su *Historia de la filosofía*, y con ocasión de exponer el pensamiento orteguiano, intentó redondear—aun-

(3) Estas dos obras son de las que se esperaba algo, algo muy concreto como veremos. Las demás que anuncia en su Boletín la Editorial Revista de Occidente, no parece tengan interés capital para conocer el pensamiento filosófico de Ortega, si exceptuamos el curso *¿Qué es filosofía?* y *Epitlogo y origen de la filosofía*, que están entre ellas. Además de éstas, pues, han sido anunciadas: *Idea del teatro*, con dos anejos; *La idea de principio en Leibniz y en la evolución de la teoría deductiva*; *Caracteres y circunstancias*; *Meditación del pueblo joven*, con dos anejos.

que no llegó a lograr completo éxito, como saltará a la vista—una advertencia en extremo interesante.

Dijo así: «Más importancia aún que estos libros [las Obras Completas] tienen sus cursos universitarios, especialmente los de 1929 a 1936 y los recientes del Instituto de Humanidades, *indispensables* para conocer con precisión el pensamiento filosófico orteguiano, y a la luz de los cuales se revela la conexión sistemática y el alcance metafísico íntegro de sus obras impresas. En estos cursos ha tratado, sobre todo, el tema del idealismo y su crítica, la estructura de la vida histórica y social y la metafísica de la razón vital, primera versión del sistema filosófico de Ortega, cuya exposición completa no ha sido publicada aún. Por esto es hoy todavía imposible escribir un libro que se haga temáticamente cuestión de la filosofía íntegra de Ortega—como saben muy bien quienes los escriben—; y ella condiciona la presente exposición que—a pesar de mi conocimiento de los cursos y de gran parte de la obra inédita de Ortega—tiene carácter fragmentario y provisional y sólo tiende a facilitar la introducción a su estudio directo» (4).

Podía hablar así J. Marías hasta Junio de este año (1957), terciando con mucho tacto, como envolvente tapabocas, el argumento de los cursos universitarios y del Instituto de Humanidades; podía hablar así hasta esa fecha, pero después no. ¿Por qué? Porque Manuel Mindán ha publicado precisamente los dos más importantes cursos universitarios—justamente los aludidos en concreto por Marías—: el ordinario de 1936, en la Universidad de Madrid, sobre «Principios de metafísica según la razón vital» y el especial del mismo año: «Estudios sobre estructura de la vida histórica y social» (5). Ahora,

(4) MARIAS, J.: *Historia de la filosofía*, Madrid, Revista de Occidente, 1952, página 394. El lector, al leer este último punto, se queda perplejo, no sabe con qué quedarse. En todo caso, tiene derecho a pensar: ¿Qué diablos habrá impedido a J. Marías hacer una exposición completa de la filosofía de Ortega, siendo como es conocedor de esos cursos a la luz de los cuales se revela la conexión sistemática y el alcance metafísico íntegro de sus obras impresas? ¿Será acaso el respeto al maestro, que le impide adelantarse a él, pues éste todavía no ha hecho una exposición completa de su sistema filosófico? Nada, nada. Puro lenguaje de precauciones como queda patente en este artículo nuestro. Julián Marías da una exposición fragmentaria y provisional del pensamiento orteguiano *porque*—convencámonos, Julián Marías, y no tapemos cuando es deber destapar—sin cursos o con cursos, sin sus Obras Inéditas o con ellas, el sistema filosófico de Ortega es fragmentario y provisional.

(5) MINDAN, MANUEL: *El último curso de Ortega en la Universidad de Madrid*, REVISTA DE FILOSOFÍA, XVI (1957) 141-194. Declara Mindán que asistió a los dos cursos de Ortega y que se guía por los apuntes propios y los de un amigo suyo, también asistente, con quien a la salida de clase se juntaba para contrastar los apuntes de uno y otro y sacar ejemplares mecanografiados.

después de publicados, se ve que no tienen, en absoluto, la importancia que J. Marías les atribuía. He aquí lo que dice M. Mindán en las páginas introductorias al primero de los cursos citados:

«En la primera clase de su curso general «Principios de Metafísica», comenzó aludiendo a la crítica que se le hacía de que no tenía un sistema filosófico propio, y para responder a este reproche se proponía darnos dentro del curso el desarrollo de su sistema de metafísica. La verdad es que las clases se acabaron, los dos años, antes de llegar al fin. El último, 1935-1936, a pesar de haber puesto particular empeño en ofrecernos la síntesis de su pensamiento, pues llegó hasta darnos el resumen escrito de las primeras lecciones, resultó más inacabado que el anterior [1934-1935], en parte porque dedicó algunas clases a leer y comentar trozos de su obra en preparación «Ideas y Creencias», en parte porque las clases fueron más irregulares, sobre todo a partir de febrero» (6), debido a las revueltas políticas, sin duda. Por esto precisamente, porque es más completo el penúltimo [1934-1935] y el último fué repetición parcial de él, M. Mindán declara que propiamente publica el penúltimo (7).

El curso termina así: «Habremos de ver si la realidad radical será una dualidad constitutiva del mundo y el hombre, y podremos comprobar que eso es precisamente la *vida humana*». Y seguidamente comenta Mindán: «Aquí se acabó el curso. Precisamente a la puerta de lo que debiera ser la parte positiva y constructiva del sistema metafísico orteguiano. Se comprenderá nuestra insatisfacción. Espoleada nuestra esperanza por las seductoras clases de Ortega y por la promesa implícita en su decidido empuje intelectual, nos quedábamos con el deseo de un exacto y detenido análisis de esa realidad radical, que es la vida, y de cómo radican en ella y se estructuran a partir de ella las demás realidades. Pero todo había sido, hasta ahora, preparación, ambientación y crítica de otras posiciones. Nos hubiera gustado que al curso siguiente se hubiera comenzado por donde quedamos. Pero un nuevo auditorio exigía comenzar desde el principio y, naturalmente, tampoco llegamos hasta el fin deseado. Desde luego, ideas complementarias de este curso de Metafísica de Ortega se hallan dispersas por sus obras» (8).

¡Cuidado! ¿Qué complementa a qué: sus obras a sus cursos o sus cursos a sus obras? Mindán no queda satisfecho con los cursos y dice

(6) MINDAN, MANUEL: *Ib.* págs. 146-147.

(7) *Id.*, *Ib.*, pág. 148.

(8) *Id.*, *Ib.*, pág. 187.

que se complementan con las obras; Marías dice que las obras piden un complemento *indispensable* en los cursos. ¿Con quién nos quedamos? Antes de leer los apuntes y declaraciones de Mindán tendría el medroso algún sutil—escrupuloso—motivo para creer que, de haber tenido la suerte de asistir a los famosos cursos universitarios de Ortega como Marías, habríasele revelado «la conexión sistemática y el alcance metafísico íntegro de sus obras impresas», pero después de tales lecturas no sé qué motivo puede haber para pensar tan cohibidamente. ¿Que J. Marías no sintió al oír los cursos universitarios que oyó M. Mindán y otros la «insatisfacción» que éstos sintieron? Debe haber muchas texturas psíquicas ante las que habrá que reconocer muy distintas predisposiciones para la saciedad y satisfacción. Acaso la simpatía mental con el maestro, junto con el afecto hacia él sentido y correspondido (una delicada observación: en las dos últimas clases del curso mayor J. Marías leía los apuntes del curso anterior y Ortega los glosaba) (9), además del encanto de los entretenimientos en el camino del *excursus* filosófico, compensasen la íntima insatisfacción intelectual que produce a todo aquel que escucha el curso con radical pasión filosófica. Pero tal satisfacción sería equívoca.

Por esto yo, personalmente, niego la razón a Marías y la reconozco en Mindán, pero suprimiendo el último punto del texto citado. ¿No se propuso Ortega dar *dentro del curso* el desarrollo de su sistema de metafísica, espoleado nada menos que por el reproche de no tener sistema filosófico propio? Pues si no lo logró, no lo logró. No hay por qué tapar el fracaso acudiendo a que en sus obras se hallan dispersas ideas *complementarias* de este curso (10). Si existen o no estos complementos en sus obras, no importa. Lo que importa es que él mismo—el curso—necesita complemento. Lo que importa es que fracasó Ortega en sus propósitos del curso; lo cual no es cosa baladí, sino de mucha trascendencia para lo que tratamos ahora, porque el medir la obra por el proyecto es, como el mismo Ortega lo reconoce, un canon legítimo de crítica (11). Ahora quede como cierto que no es

(9) *Id., Ib.*, pág. 184.

(10) Discúlpesele, si se quiere, del inacabamiento del curso 1935-1936, debido a fuerzas mayores impeditas.

(11) Y de «crítica vital», por lo pronto. «No midamos a cada cual sino consigo mismo: lo que es como realidad con lo que es como proyecto... En crítica literaria o artística recibe inmediata aplicación... Todo libro [y lo mismo, creo yo, todo curso de conferencias] es primero una intención y luego una realización. Con aquélla midamos ésta. La obra misma nos revela a la par su norma y su pecado» (11, 39). Este es, al menos, el *mínimum* de actitud crítica.

ninguna solución definitiva, sino a modo de «pase» taurino, buscar en estos cursos universitarios un complemento a la deficiencia de sus obras impresas.

También publica Mindán, como he dicho, los apuntes del curso especial: «Estudios sobre estructura de la vida histórica y social». Después del texto del curso, comenta: «He aquí un trasunto breve, pero fiel según creo, de las enseñanzas de Ortega en uno de sus últimos cursos. Como habrá visto el lector, esas enseñanzas estaban estructuradas en torno a un esquema central, que casi desaparecía bajo la exuberancia de ideas que acudían a sus labios con el menor pretexto. Su clase resultaba de hecho una cita de todas las preocupaciones, incitaciones y ocurrencias de su pensamiento diluídas en una multitud de alusiones, de ejemplos y de digresiones. Con serena elegancia se complacía en el puro ejercicio de espectador atento y exquisito que hace grato el andar a los que le acompañan, abriendo horizontes, señalando caminos y haciendo resaltar bellezas no advertidas del paisaje; pero que, en virtud precisamente de ese magistral empeño de cicerone intelectual y de ese afán venatorio de ideas, olvida el fin del viaje, al cual no nos hace llegar ni en los meses de un curso académico ni en el curso de su vida» (12).

Luego fracasó en su viaje. Otro dato del mismo signo que el apuntado anteriormente. Otro curso no muy apropiado para complementar las obras impresas cuando él mismo clama ser complementado.

Alude también J. Marías a «los recientes cursos del Instituto de Humanidades». Por mis pecados, tampoco he tenido la suerte de asistir a ellos para poder hablar por experiencia directa. Pero me consta, por reseñas periodísticas de alguno de ellos, que las ideas en él expuestas eran meras repeticiones de ideas ya viejas en sus obras. Y por el *Boletín Editorial* de la «Revista de Occidente, S. A.» (sept. 1957, p. 1), sé que el de 1949-1950, de doce lecciones, versó sobre: «El hombre y la gente», y que, «a pesar de su amplitud, no llegó a los últimos temas previstos en el índice». El índice de este curso aparece publicado como un apéndice al libro *El hombre y la gente* (págs. 317-318), del que nos ocuparemos en seguida. Sería de gran interés saber hasta qué lección llegó concretamente, pero yo no tengo modo fácil de lograrlo. Advierto que las seis últimas lecciones anunciadas versan sobre las nociones fundamentales sobre las que tanto insiste Ortega

(12) MINDAN, MANUEL: *Ib.*, pág. 193. Se está aquí atribuyendo a Ortega lo que éste ve en Bergson como un vicio. V, 297.

y lamenta no encontrar esclarecidas en ningún autor. Pudo ser que explicara alguna de estas seis últimas a que me refiero (aunque yo tengo la fuerte tentación de pensar que no pasó de la sexta), pero, en definitiva, el curso quedó inacabado. Otro dato más todavía para la colección de proyectos inacabados (13).

Quedan, por fin, las obras no publicadas de Ortega. Es el recurso a que acude Marías para justificar el carácter fragmentario y provisional de su exposición de la doctrina orteguiana, no obstante su conocimiento de los cursos y de gran parte de la Obra Inédita de Ortega. Considera, pues, su Obra Inédita como complemento de la ya impresa.

Así la considera también expresa y repetidamente Ortega, por lo que el valor de esta apreciación lo ponderaremos más adelante, al examinar la opinión de Ortega sobre sus Obras Inéditas. Antes vamos a someter a examen otra apreciación ajena.

b) *M. Fernández Almagro y Ortega y Gasset.*

He dicho que no me he esmerado lo más mínimo en escoger los juicios que se han dado sobre las Obras Inéditas de Ortega; que me limitaba a examinar los que tenía a mano. Acerca de la obra *El hombre y la gente*, que es la primera que ha aparecido, tengo un artículo de M. Fernández Almagro publicado en el diario *La Vanguardia Española* (27 Agosto 1957) de Barcelona, en que trata de envolver al libro «en la redondez de su valor intelectual» y al que denomina conjunto de «ensayos, agrupados orgánicamente bajo un sugestivo enunciado».

Se le ha escapado la palabrita tan escurridiza en la literatura actual: «ensayos». Pero se le ha escapado, a mi parecer, indebidamente.

Yo diría al Sr. Fernández Almagro y a cualesquiera otros que hayan caído en ese desliz: «¡Fíjense, que no hablan ustedes con exactitud! Este libro de Ortega no es ensayo ni grupo de ensayos».

Hay comportamientos que se comprenden, pero no se justifican. Sin embargo, creo yo que es un afán de los selectos comportarse siempre de modo justificable. Como todos los estudios que integran sus

(13) Es más, aun cuando este curso y los otros dos universitarios y cualesquiera otros los hubiese terminado, nunca se puede decir (o al menos escribir) con mucho ardor que una pieza hablada *complementa* a una escrita. Lo contrario sí que se puede decir, pero eso nunca. ¿Por qué? Porque lo hablado está muy por debajo de lo escrito en claridad y comprensión. Cuando uno adquiere cierta conciencia de lo que en realidad de verdad sabe, es cuando lo escribe. Se sabe lo que se escribe.

Obras Completas son ensayos (y hasta él mismo los califica así a casi todos expresamente), y como, por ello, en la historia de la estilística se le ha clasificado entre los ensayistas y se le ha definido siempre como tal, se comprende que, no poniendo mucha atención en la exactitud de las palabras, cuando uno se dispone a hablar de cualquier estudio de Ortega se lo denomine «ensayo».

Esta conducta, digo, es comprensible, pero no justificable cuando se trata de ciertas obras literarias de Ortega. No lo es, al menos, ante la persona misma de Ortega, como veremos inmediatamente, y esto me basta por ahora. Dejo para más adelante si es justificable ante la realidad de las cosas.

3.—JUICIO DE ORTEGA SOBRE SUS OBRAS INEDITAS

Es obvia la división de las Obras Inéditas de Ortega en los dos grupos siguientes: aquellas sobre las que dejó referencias concretas, y aquellas de las que no consta haya dicho nada en sus obras publicadas en vida. El primer grupo lo forman (entre alguna otra que no sé si aparecerá y es intrascendente) estas dos: *El hombre y la gente* y *Aurora de la razón histórica*. El segundo grupo lo forman todas las demás, cuyos títulos ya hemos enumerado más arriba.

a) *Obras normales y obras excepcionales.*

Yo no dudo que el autor, puesto a catalogar en un género literario las obras del segundo grupo, las incluiría dentro del «ensayo», como formando número con las que integran sus Obras Completas. Aunque no las he leído, ni visto siquiera, por los títulos parece adivinar que no han de pasar de esa categoría.

Pero las dos obras que constituyen, principalmente, el primer grupo, son cosa distinta a los ojos de Ortega. No son «ensayos», estudios cortos, ligeros, insinuantes y eludientes, sino todo lo contrario: dos «gruesos libros», «grandes mamotretos», dos concienzudos tratados a los que contraponen expresamente el resto de sus obras. Veámoslo:

Confiesa él mismo en 1929, a propósito de la razón vital, al final del artículo *Filosofía pura* (anejo al folleto *Kant*): «Sobre todo esto hablo largamente en mi estudio *Sobre la razón vital*, que no tardará en publicarse...» (IV, 59, nota).

En 1932, en una interviú con Fernando Vela, confiesa: «Poco antes de abandonar mi cátedra—allá por 1929—yo sentía una profunda necesidad de 'retirarme' más que nunca, incluso de los amigos, retirarme a parir, estaba parturiento de criaturas graves» (IV, 387).

En 1935 dice: «Es ya sobrada mi audacia y, consiguientemente, mi riesgo al haber atacado a la carrera, como solían los guerreros medas, los temas más pavorosos de la ontología general. Permítaseme que al llegar a este punto, en que fuera necesario, para ser un poco claro, fijar bien la diferencia entre la llamada 'vida colectiva o social' y la vida personal, renuncie radicalmente a hacerlo. Si el lector siente alguna curiosidad por mis ideas sobre el asunto, como, en general, por el desarrollo de todo lo antecedente, puede hallarlo expuesto con algún decoro en dos libros próximos a publicarse. En el primero, bajo el título *El hombre y la gente*, hago el intento leal de una sociología donde no se eludan, como ha acontecido hasta aquí, los problemas verdaderamente radicales. El segundo—*Sobre la razón viviente*—es el ensayo de una *prima philosophia*» (VI, 38, nota).

En 1937, en el prólogo para franceses, de su libro *La rebelión de las masas*, ponderando lo necesario que es tener claros conceptos de lo que es sociedad, colectividad, individuo, usos, ley, justicia, etc., advierte: «En otro lugar hallará el lector alguna indicación sobre esto. El resultado de mis reflexiones va en el libro, próximo a publicarse, *El hombre y la gente*. Allí encontrará el lector el desarrollo y la justificación de cuanto acabo de decir» (IV, 118, nota).

Unas páginas más adelante dice: «Es preciso que el pensamiento europeo proporcione sobre todos estos temas nueva claridad». Y continúa: «Esto hay que hacerlo sin pretensiones, pero con decisión, y lo he intentado en un libro próximo a aparecer en otros idiomas bajo el título *El hombre y la gente*» (IV, 131).

Después, ya en el libro *La rebelión de las masas*, se lee: «En general, el político, incluso el famoso, es político *porque es torpe*». Y anota así: «El sentido de esta abrupta aseveración que supone una idea clara sobre lo que es la política, toda política—la 'buena' como la mala—, se hallará en el tratado sociológico del autor, titulado *El hombre y la gente*» (IV, 253).

En 1940, en el *Prólogo a Ideas y Creencias*, vuelve a hablar de sus dos libros: «Desde hace cinco años ando rondando por el mundo, parturiento de dos gruesos libros que condensan mi labor durante los últimos dos lustros anteriores. Uno se titula *Aurora de la razón*

histórica, y es un gran mamotreto filosófico ; el otro se titula *El hombre y la gente*, y es un gran mamotreto sociológico. Pero la mala-ventura parece complacerse en no dejarme darles la última mano, esa postrera sobra que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta. He vivido esos cinco años errabundo de un pueblo en otro y de uno en otro continente, he padecido miseria, he sufrido enfermedades largas de las que tratan de tú a tú a la muerte, y debo decir que si no he sucumbido en tanta marejada ha sido porque la ilusión de acabar esos dos libros me ha sostenido cuando nada más me sostenía. Al volver luego a mi vida, como pájaros anuales, un poco de calma y un poco de salud, me hallé lejos de las bibliotecas, sin las cuales aquella última mano es precisamente imposible, y me encuentro con que ahora, menos que nunca, sé cuándo los podré concluir. Nunca había yo palpado con tal vehemencia la decrepita verdad del *Habent sua fata libelli*» (V, 379).

De estas declaraciones del propio Ortega salta a la vista que esas dos obras son, en su apreciación, de carácter excepcional ; de un volumen o formato que excede el de los ensayos ; y de una contextura y un arranque mental que supera también el de la literatura ensayista. Las expresiones tajantes que usa dan a entender bien a las claras que se trata de dos libros fuera de serie, tanto por su formato como por su contenido. En la mente del autor no son dos «ensayos» más, sino dos verdaderos estudios fundamentales, básicos ; dos verdaderos «tratados» en los que se propone exponer sistemáticamente su doctrina filosófica. En ellos intenta atacar de frente, en intento leal, los temas radicales de la filosofía.

Por esto, si hemos de tener en cuenta esta apreciación de Ortega, no nos es permitido calificar estos dos libros de «ensayos». Ciertamente que, en lo que se refiere al titulado *Sobre la razón viviente*, él mismo lo califica «ensayo» como hemos visto, pero esto es en 1935, cuando acaso le faltase algo más que la última mano (aunque ya dice que está próximo a publicarse). En 1940 lo equipara completamente a *El hombre y la gente*.

Por tanto, ahora que ha sido publicado el libro *El hombre y la gente*, los tiempos han cambiado. Antes de esta novedad editorial, si se proponía uno enjuiciar al autor desde el punto de vista de su obra escrita, no había más remedio que clasificarlo entre los ensayistas, pues toda su obra estaba integrada de meros ensayos. Mas hoy día, si se ha de seguir teniendo en cuenta el concepto del autor, su

obra ya no se compone de solos ensayos ; si se le clasifica, pues, entre los ensayistas, no lo será forzosamente, esto es, porque no ha producido otra cosa que ensayos. Además de «ensayista» es, según su juicio, «tratadista».

Yo, en otro tiempo, titulé un artículo : *Interpretaciones del ensayismo orteguiano* (14), dando por supuesto, de obvia comprobación, que todas las obras de Ortega, editadas hasta entonces, eran ensayos. Ahora no he creído posible titular del mismo modo este artículo añadiendo simplemente como subtítulo : «segunda parte», debido a esto a que acabo de referirme, o sea, que ya no es tan obvio que todas sus obras sean ensayos. Al menos el autor mismo no lo creía así.

b) *Dos "complementos" de su Obra Impresa.*

De la serie de pasajes que hemos citado del autor, se desprende no sólo que en su apreciación esos dos libros son verdaderos «tratados», sino que son tratados en que se propone exponer las bases de su pensamiento sociológico y filosófico en general. Se deduce inmediatamente también que, de modo semejante a como hemos visto hacia J. Marías, enjuicia y evalúa el ensayamiento de su *Obra Impresa* desde el punto de vista de su *Obra Inédita*, concretamente, de sus dos grandes libros. Las ideas elementales y básicas, los problemas radicales cuyo esclarecimiento tantas veces han eludido los autores (y él mismo en gran número de casos), promete recibirán la conveniente aclaración en esos dos libros. Son, pues, considerados como *complementos* de los ensayos que integran sus *Obras Completas*.

No obstante estar ya parturiento desde 1929 de esas criaturas graves, murió en 1955 y no las dió a luz. El ánimo piadoso pone por medio pensamientos de disculpa y comprensión humana, y lee y relea estas líricas, dramáticas y épicas líneas—todo a la vez— : «He vivido esos cinco años [de 1936 a 1940] errabundo de un pueblo en otro y de uno en otro continente, he padecido miseria, he sufrido enfermedades largas de las que tratan de tú a tú a la muerte y debo decir que si no he sucumbido en tanta marejada ha sido porque la ilusión de acabar esos dos libros me ha sostenido cuando nada más me sostenía».

Efectivamente, la «agitación exterior e interior—como he dicho en otro lugar (15)—, miseria, enfermedades graves, falta de bibliotecas...

(14) Véase en ESTUDIOS FILOSOFICOS, V (1956), 233-281.

(15) *Ib.*, pág. 266.

hacen sumamente comprensible que durante ese período haya quedado inédito el tesoro de sus supuestos esclarecimientos definitivos sobre los puntos claves de su pensamiento filosófico. El escritor es un hombre, y es muy humano que en tales situaciones *no pueda* dedicarse a dar los últimos retoques a sus libros más serios; que no tenga humor ni ganas para ello. No se puede negar a Ortega la indulgencia que obtiene cualquier otro escritor en una lamentable situación semejante.

Quizá la avanzada edad en que entra ya posteriormente, pueda ser también una excusa de no haber publicado tampoco en los años siguientes tales libros, pues a lo que sé, con el año 1943 cierra su actividad literaria» (16).

Está muy bien todo esto. Sigo considerando acertadas y justas estas consideraciones. Pero, no obstante, está bien que intentemos enjuiciar las Obras Inéditas de Ortega desde las cosas, desde la realidad en sí misma.

4.—VALORACION DE LAS OBRAS INEDITAS DE ORTEGA DESDE LA REALIDAD DE LAS COSAS

La realidad, en este caso, la constituyen, en parte, los hechos palpables de las Obras Inéditas ya publicadas; y en parte, el anuncio que nos proporcionan acerca de las todavía no publicadas quienes las conocen.

a) *Censura de "El hombre y la gente"*.

Tengo entre las manos uno de los dos «gruesos libros», el «tratado» que tantas veces anunció Ortega: *El hombre y la gente*. ¿A qué se reduce?

Por cierto, su volumen no tiene ningún grosor ni tamaño exagerado. Un libro normal, de 318 páginas, en 4.º, y con gran holgura tipográfica. En este sentido no es una cosa que llame la atención, aunque esto no es negar que, comparado con el resto de sus Obras Completas, sea algo nunca visto.

Mal comenzamos, puesto que el autor ya lo anunció en 1940, según hemos visto, como uno de sus «dos gruesos libros», como «un

(16) En 1950 publicó: *Papeles sobre Velázquez y Goya*.

gran mamotreto sociológico». Pero digamos que esto no es lo que más importa del libro.

¿Y su alma o contenido? Esto es lo que más nos interesa.

Es oportuno, antes de abrir sus páginas, releer unas líneas de la presentación que de él nos hace la Editorial «Revista de Occidente» que lo ha publicado. Dice que ese libro es «una sociología filosófica que venía exponiendo [el autor] fragmentariamente desde 1934 y que *cobró plenitud* en el curso de doce lecciones explicadas (1949-1950) en el Instituto de Humanidades de Madrid, de su propia fundación» (17).

Al leer esto, le pega a uno el corazón un irresistible salto de protesta: ¡Cómo! ¿De modo que «cobró plenitud» su sociología filosófica en 1949-1950? ¿Qué significa, pues, lo que el mismo autor dijo en 1940: que le faltaba solamente darle «la última mano»? ¿Esa «plenitud» que, según nos dice la Editorial, no alcanzó hasta 1949-1950, significa sólo que entonces fué cuando le dió «la última mano»? Creo que significa algo más. ¿Qué significa, por otra parte, faltar por dar «la última mano»? ¿No tener la «plenitud» necesaria? Creo que significa algo menos. Es un arte saber hablar con precauciones y cautelas, a lo pickwickiano, y ese arte será muy útil y provechoso en política, diplomacia, y trato de alta cortesía, pero en el mundo de la exposición filosófica surte poco efecto y suele ser contraproducente.

Sigue diciendo a continuación la Editorial que ese curso en que afirma cobró plenitud el contenido del libro en cuestión, «a pesar de su amplitud, no llegó a los últimos temas previstos en el índice». Ante este hecho uno reflexiona irremediablemente: ¿De modo que, no obstante haber cobrado «plenitud» el asunto en la mente orteguiana y no obstante la amplitud del curso, no llegó a los temas previstos? ¿Significa esto que eso de la «plenitud» es una monserga? (18).

Pero pudo haber cobrado el tema plenitud en la mente orteguiana y, no obstante, no haberlo expuesto todo por falta de tiempo (como suele ocurrir) u otras razones circunstanciales; o, en último término, por una retractación de su propósito primitivo. En tal caso hay perfecta compatibilidad entre la afirmación de la plenitud y el hecho de no haber desarrollado todo el plan previsto. Frenemos, pues, en nues-

(17) *Boletín Editorial* de «Revista de Occidente», septiembre 1957, pág. 1.

(18) Perdóneme el lector si le causa desagradable impresión la crudeza de esta palabra. No pretendo injuriar ni depreciar; intentó expresar las cosas con términos exactos. Y en este caso, pregunto; y lo que pregunto sencillamente es si esa «plenitud» es una conserga o no. No retiro la pregunta.

tras apreciaciones y nos quedemos con esta posibilidad (19). Pero sigamos en la lectura.

«El manuscrito de aquel curso, retocado por el autor para su publicación en Alemania y Estados Unidos, constituye este libro». Dejemos pasar eso de los «retoques»; pensemos que son intrascendentes y que, por tanto, no son síntomas de que disminuya en nada el concepto de «plenitud» de que nos habló más arriba. Seamos comprensivos. El autor retoca su obra *en sus detalles* tantas veces como la revisa. Y si en un momento de coraje no la lanzase a la imprenta o un amigo no se la quitase de las manos (a costa acaso de un regaño), el autor quizá fuese a la tumba con el manuscrito debajo el brazo. Pero la referencia al manuscrito continúa: «Y aunque no comprende tampoco los últimos capítulos...» En este momento, el lector que ha leído y releído y hasta casi se sabe de memoria las Obras Completas de Ortega, sufre un arranque de indignación y prorrumpe en un grito: «¿Pero qué es esto? ¡Ya está bien de restricciones, ya está bien! ¿Es que también le ha faltado a Ortega tiempo y lo demás necesario para redactar los últimos capítulos de un libro que tendría con ellos 600 páginas, por largos que fueran?» No lo creo. Y si alguien cree que debo creerlo, que me lo demuestre. ¿Es que voy a tener yo la obligación de arreglármelas para buscar razones con que disculpar lo que no tiene disculpa? ¡Ca, hombre! Yo me limito a ver los puros hechos y lo que los hechos me dicen. Y este último hecho me dice que todas las interpretaciones que se den de él no son capaces de ocultar la interpretación suprema y triunfante: la impotencia del autor. Y en tanto lo intenten, son monsergas y triquiñuelas, nada más.

Hay momentos críticos, decisivos, en los que no caben evasivas. Momentos extremos en que uno se siente sin salida, entre la espada y la pared. Este es para Ortega y los apologistas incondicionales de su doctrina uno de ellos.

Venía anunciando este libro como próximo a publicarse desde 1935 por lo menos, y en 1940 ya dijo que le faltaba sólo «la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta». ¿Cómo se explica, pues, que a la hora de su muerte, veinte años más tarde, y cinco después de haber «cobrado plenitud», todavía tuviese por hacer los últimos capítulos?

(19) Aunque, claro está, las declaraciones de M. Mindán respecto a los otros cursos nos son violenta tentación en este momento.

Sigue la Editorial diciendo que en esos capítulos «el autor laboraba cuando le sorprendió la muerte». ¿Qué quiero decir eso: que les estaba dando la última mano, la postrera soba, el ligero pase de piedra pómez, o más bien que estaba ocupado en la ardua labor de su redacción (y creamos esto aunque nos lo imaginemos septuagenario)?

Pero este momento también es muy a propósito para volver la vista atrás e interpretar dichos pasados a la luz de los hechos actuales.

Si Ortega laboraba en los últimos capítulos de su libro cuando le sorprendió la muerte, o—sea de esto lo que quiera—al menos, si munió sin haber hecho los últimos capítulos del libro, ¿qué significa aquello que dijo hace ya tantos años: que tenía el libro ya próximo a publicarse y le faltaba sólo (volvamos otra vez a lo mismo, y no será la última) darle la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta?

Le parecerá, acaso, a algún lector que me hago pesado, que insisto demasiado, que soy un poco «chinche». Muy señor mío. Creo que todavía no superan las veces que yo he sacado a cuento las promesas que Ortega ha hecho de este libro, a las que él lo ha anunciado y prometido. De todos modos, toda insistencia es poca. Estamos en momentos decisivos—ya lo he dicho—y es cuestión de no dejar escapar la liebre. Yo recomiendo al lector que se deje de formalismos y enjuicie decididamente los dichos de antaño por los hechos de hogafío: así aparecerá su valor auténtico, su significación inequívoca. ¿Qué le dicen estos hechos? Que todas aquellas frases fueron también monsergas y triquiñuelas; que eran solemnes insinceridades; que no fué veraz. Porque con aquellos anuncios quiso hacer creer al lector lo que con toda certeza sabía que no era verdad: que tenía el libro de que tratamos ya completamente redactado, finiquito, ya casi listo para la imprenta. Y por lo que se ve ahora, no había tal ni de lejos. No se eche hacia atrás el lector y lo deje estar, no. He dicho, e insisto, que nos encontramos en el momento crítico, decisivo; en la hora de apretar clavijas y anudar cabos y airear... grandes verdades y grandes mentiras para que todo se vea.

* * *

Pero ya es hora de que habramos el libro de Ortega para ojearlo por nosotros mismos (20).

(20) ORTEGA Y GASSET, J.: *El hombre y la gente*, Obras Inéditas, Madrid, «Revista de Occidente», 1957, en 4.º, 318 páginas

Primero, el índice de los capítulos a que alcanza el texto del libro, que son concretamente doce (pág. 9).

Después, una Advertencia de la Editorial en que expone su propósito de «editar sucesivamente la totalidad de su labor inédita [de Ortega], inclusive aquellos estudios que aparezcan inacabados y las notas o apuntes que puedan servir para orientar el trabajo de sus numerosos discípulos», y un agradecimiento a sus «próximos y fieles discípulos... por la devoción y el rigor que ponen en su tarea de compilación que se les ha encomendado» (pág. 13).

A continuación, una nota preliminar de los compiladores en la cual declaran, entre otras cosas, que «el texto no alcanza la totalidad del índice previsto, y la muerte sorprendió al autor cuando laboraba en los últimos capítulos» (págs. 17-18).

Seguidamente intercalan los compiladores las páginas que el autor publicó en la Argentina en forma de folleto, para uso de los asistentes al segundo ciclo de su curso *El hombre y la gente* (páginas 21-28). En su mayor parte es un resumen de lo ya dicho en el primer ciclo; además de esto, contiene el guión de lo que va a decir en el segundo. (págs. 26-28). Es a la vez un excelente resumen de la materia que se expone en el libro—¡no más!—, por lo que muy acertadamente los compiladores lo han puesto como introducción al libro.

Y después de esto, ya el primer capítulo: «Ensimismamiento y alteración», que, en su mayor parte (desde la página 36 hasta su último punto, pág. 56), es una divagación sobre la vida contemplativa y activa humanas en relación con el modo de vida animal, pero que en sus páginas primeras (31-35) y en el último punto, formula su propósito concreto (21). Sobre ello volveremos enseguida. Antes es conveniente que miremos el primer apéndice del final del libro (pág. 315), donde los compiladores nos ofrecen los capítulos (o mejor: «lecciones»), como allí se dice) previstos por el autor y no desarrollados. Son en total ocho. Ahora es el momento oportuno—¿inoportuno?—de que el lector interprete aquella frase que formaba parte de la presentación

(21) Ya fué publicado en 1939 en un opúsculo del que formaba parte también *Meditación de la técnica*. De él dice en el prólogo: «Bajo el epígrafe *Ensimismamiento y alteración*, doy al público la primera lección del curso titulado «Seis lecciones sobre el hombre y la gente, que estoy desarrollando en la Asociación de Amigos del Arte, de Buenos Aires, y que en su casi totalidad puede desintegrarse del resto de ese curso, como prólogo a él. Algunos puntos que esta lección no hace sino anunciar, sobre todo el toque de bélico clarín contra ciertas frivolidades de los sociólogos, han recibido en las lecciones sucesivas la demostración concreta y reiterada que aquí había de faltar». V, 291.

del libro por la Editorial: «aunque no comprende los últimos capítulos...» Como ve, nada menos que los ocho posteriores, de veinte que tiene el índice total, esto es, poco menos de la mitad del libro (22).

¿Muestro ser con esto un cascarrabias? Acaso, y lamento el aspecto antipático que esta cualidad lleva consigo. Pero ruego al lector que comprenda esté harto, más que harto de tantos «secretos, alusiones y elisiones» (VI, 347) de que están llenas las páginas de Ortega, como él mismo confiesa, y que tenga el propósito firme de no dejar de descifrar todos cuantos pueda, o de contribuir a ello, sea en Ortega sea en sus más íntimos e incondicionales discípulos que, parece—alguno de ellos al menos—, no son ajenos a ese estilo; y esto aunque me cueste la antipatía de algún lector (23).

* * *

Pero acometamos ya el examen del contenido del libro. No se trata de examinar y valorar cada una de sus doctrinas, lo que nos llevaría muy lejos, sino de algo previo, *preliminar*, como decimos en el título: de valorar el libro como realidad, de responder a esta pregunta: ¿es el libro una realidad lograda? Para saberlo vamos a medir

(22) También es oportuno este momento para manifestar una sospecha mía. En la última página (317) del libro, han publicado los compiladores, en apéndice, el índice del curso del Instituto de Humanidades a que nos hemos referido. Allí, en nota, advierten lo que ya advirtió la Editorial, pero dando a entender, al parecer, un poco más que ella. «Agregamos también, dicen, el programa anunciado para el curso del Instituto de Humanidades y en el cual fueron pronunciadas la mayor parte de las lecciones transcritas». Yo no asistí al curso y no sé por otra parte cuántas dejó de pronunciar, lo cual tendría algún interés especial en este momento. Si se ha de interpretar eso de «la mayor parte» con la cautela con que hay que interpretar lo de las «últimas» al hablar del índice del libro, podría pensar que de las doce pronunció seis solamente, que son las que coinciden con el contenido de los doce capítulos desarrollados en el libro. Lo mismo induce a creer el curso pronunciado en Buenos Aires, según aparece por el folleto del curso, pues su contenido tampoco rebasó el contenido del libro que comentamos, como acabamos de advertir. No obstante, puedo conceder sin mucha preocupación que hayan sido más, por la sencilla razón (quizá para algunos no lo sea tanto) de que una cosa es hablar y otra muy distinta escribir.

(23) El libro está escrito con el sugestivo estilo orteguiano conocido: de imágenes brillantes, observaciones delicadísimas, y muy comunicativo. Mas esa comunicación no es siempre apropiada. De cuando en cuando asoman rastros de los cursos que dió sobre la misma materia, para los que se sirvió de esas mismas páginas. De modo que el carácter «comunicativo» traspasa los límites de un escrito y salta al de un curso, sintiendo uno la poco grata impresión de que el autor le considera no como un lector sino como un oyente. Y más si se tiene en cuenta que esa consideración a veces encierra una manifiesta incongruencia.

En la pág. 33 dice: «Yo no puedo, claro está, demostrar ahora esto, porque intento tal consumirla mucho tiempo del escaso que tenemos a nuestra disposi-

esa realidad con el patrón que es el propósito del autor. Con esto nos atenemos estrictamente a la metodología de Ortega en materia de crítica: «No midamos, pues—dice—, a cada cual sino consigo mismo: lo que es como realidad con lo que es como proyecto... En crítica literaria o artística recibe inmediata aplicación... Sobre la obra, inscrito o circunscrito en ella, vamos dejando un respunte crítico que es el esquema por ella pretendido. Sí, todo libro es primero una intención y luego una realización. Con aquélla midamos ésta. La obra misma nos revela a la par su norma y su pecado» (II, 39). Es lo que voy a hacer ahora.

Ante todo, pues, hace falta saber cuál fué su propósito o intención. Nos lo dice él con toda claridad en las primeras páginas del primer capítulo: «Ensimismamiento y alteración», como ya he advertido. Voy a copiar lo más sustancioso: «Se trata de lo siguiente: Hablan los hombres hoy, a toda hora, de la ley y del derecho, del estado, de la nación y de lo internacional, de la opinión pública y del poder público, de la política buena y de la mala, de pacifismo y belicismo, de la patria y de la humanidad, de justicia e injusticia social, de colectivismo y capitalismo, de socialización y de liberalismo, de autoritarismo, de individuo y colectividad, etc., etc... Se habla, se habla de todas esas cuestiones, pero lo que sobre ellas se dice carece de la claridad mínima... Una de las desdichas mayores del tiempo es la aguda incongruencia entre la importancia que al presente tienen todas esas cuestiones y la tosquedad y confusión de los conceptos sobre las mismas que esos vocablos representan.

ción. Básteme hacer esta simple observación estadística que me parece ser un colmo». Esto estará bien para ser leído por el autor en la lección de un curso universitario, pero no para ser leído por otro como capítulo de un libro.

En la 66: «Dentro de un rato, cuando salgan a la calle, se verán obligados a decidir qué dirección tomarán, qué ruta».

En la 67: «Si analizásemos ese menudo acontecimiento que va a darse dentro de un rato—el que cada cual tenga que elegir y decidir la dirección de la calle que va a tomar—...». En la 88: «Nos hallamos ahora en este salón, que es una cosa en cuyo interior estamos... Pero imaginémonos que al salir de aquí, cuando la lección concluye, nos encontramos con que no habla nada más allá, esto es fuera, que no habla el resto del mundo en torno a ella, que sus puertas dieran no a la calle, a la ciudad, al Universo, sino a la Nada...». Véanse también las páginas 39, 54, 55, 65, 66, 104, 111, 116, 125, 127, 130, 143, 175, 183, 184, 193, 214, 253, 254, 255, 256, 262, 273, 287.

Los mismos compiladores padecen la indecisión. Una vez llaman «lecciones» (página 315) a lo que otra llaman «capítulos» (pág. 18). En el índice no se habla ni de lo uno ni de lo otro. Los diferentes apartados van denominados por números romanos. Ortega los llama «lecciones» (v. pág. 214).

Moraleja al caso: Uno piensa en qué pudo consistir la labor de Ortega en preparar la edición del libro (a que aluden los compiladores en la nota preliminar, página 18), sobre la base de las lecciones de los cursos ya dados.

Nótese que todas esas ideas—ley, derecho, estado, internacionalidad, colectividad, autoridad, libertad, justicia social, etc.—, cuando no lo ostentan ya en su expresión, *implican siempre, como su ingrediente esencial, la idea de lo social, de sociedad*. Si ésta no está clara, todas esas palabras no significan lo que pretenden y son meros aspavientos. Ahora bien ; confesémoslo o no, todos, en nuestro fondo insobornable, tenemos la conciencia de no poseer sobre esas cuestiones sino nociones vaporosas, imprecisas, necias o turbias. Pues, por desgracia, la tosquedad y confusión respecto a materia tal no existe sólo en el vulgo, sino también en los hombres de ciencia, hasta el punto de que no es posible dirigir al profano hacia ninguna publicación donde pueda, de verdad, rectificar y pulir sus conceptos sociológicos.

No olvidaré nunca la sorpresa teñida de vergüenza y de escándalo que sentí cuando, hace muchos años, consciente de mi ignorancia sobre este tema, acudí lleno de ilusión, desplegadas todas las velas de la esperanza, a los libros de sociología, y me encontré con una cosa increíble, a saber : que los libros de sociología no nos dicen nada claro sobre *qué es lo social, sobre qué es la sociedad*. Más aún : no sólo no logran darnos una noción precisa de qué es lo social, de qué es la sociedad, sino que, al leer esos libros, descubrimos que sus autores—los señores sociólogos—ni siquiera han intentado un poco en serio ponerse ellos mismos en claro sobre los fenómenos elementales en que el hecho social consiste. Inclusive, en trabajos que por su título parecen enunciar que van a ocuparse a fondo del asunto, vemos luego que lo eluden—diríamos—concienzudamente. Pasan sobre estos fenómenos—repito, preliminares e inexcusables—como sobre ascuas, y, salvo alguna excepción, aun ella sumamente parcial—como Durkheim—, les vemos lanzarse con envidiable audacia a opinar sobre los temas más terriblemente concretos de la humana convivencia.

Yo no puedo, claro está, demostrar ahora esto, porque intento tal consumiría mucho tiempo del escaso que tenemos a nuestra disposición. Básteme hacer esta simple observación estadística que me parece ser un colmo.

Primero Las obras en las cuales Augusto Comte inicia la ciencia sociológica suman por valor de más de cinco mil páginas con letra bien apretada. Pues bien : entré todas ellas no encontraremos líneas bastantes para llenar una página que se ocupen de decirnos lo que Augusto Comte entiende por *sociedad*.

Segundo El libro en que esta ciencia o pseudociencia celebra su primer triunfo sobre el horizonte intelectual—los *Principios de sociología*, de Spencer, publicados entre 1876 y 1896—no contará menos de 2.500 páginas. No creo que lleguen a cincuenta las líneas dedicadas a preguntarse el autor qué cosas sean esas extrañas realidades, las sociedades, de que la obesa publicación se ocupa.

En fin, hace pocos años ha aparecido el libro de Bergson—por lo demás encantador—titulado *Las dos fuentes de la moral y la religión*. Bajo este título hidráulico, que por sí mismo es ya un paisaje, se esconde un tratado de sociología de 350 páginas, donde no hay una sola línea en que el autor nos diga formalmente qué son esas sociedades sobre las cuales especula. Salimos de su lectura, eso sí, como de una selva, cubiertos de hormigas y envueltos en el vuelo estremecido de las abejas, porque el autor, todo lo que hace para esclarecernos sobre la extraña realidad de las sociedades humanas, es referirnos al hormiguero y a la colmena, a las presuntas sociedades animales, de las cuales—por supuesto—sabemos menos que de la nuestra.

No es esto decir, ni mucho menos, que en estas obras, como en algunas otras, falten entrevisiones, a veces geniales, de ciertos problemas sociológicos. Pero, careciendo de evidencia en lo elemental, esos aciertos quedan secretos y herméticos, inasequibles para el lector normal. Para aprovecharlos, tendríamos que hacer lo que sus autores no hicieron: intentar traer bien a luz esos fenómenos preliminares y elementales, esforzarnos denodadamente, sin excusa, en precisarnos *qué es lo social, qué es la sociedad*. Porque sus autores no lo hicieron, llegan como ciegos geniales a palpar ciertas realidades—yo diría, a tropezar con ellas—; pero no logran verlas, y mucho menos esclarecernoslas. De modo que nuestro trato con ellos viene a ser el diálogo del ciego con el tullido:

—¿Cómo anda usted, hombre?—pregunta el ciego al tullido. Y el tullido responde al ciego:

—Como usted ve, amigo...

Si esto pasa con los maestros del pensamiento sociológico, mal puede extrañarnos que las gentes en la plaza pública vociferen en torno a estas cuestiones...

Si esto es así, ¿no les parece a ustedes que sería una de las mejores maneras de no perder por completo el tiempo durante estos ratos que vamos a pasar juntos, dedicarnos a aclararnos un poco *qué es lo social*,

qué es la sociedad?) (págs. 31-35. Los dos primeros y los dos últimos subrayados son míos).

«De la inmensa maraña de temas que será forzoso aclarar si se ambiciona una aurora nueva, yo he elegido uno que me parece urgente: 'qué es lo social, qué es la sociedad'—un tema, si se quiere, bastante humilde, desde luego, poco lucido y, lo que es peor, de sobra difícil. Pero el tema es urgente. El constituye la raíz de esos conceptos—Estado, nación, ley, libertad, autoridad, colectividad, justicia, etc.—que hoy ponen en frenesí a los mortales. Sin luz sobre ese tema, todas esas palabras representan sólo mitos. Vamos a retirarnos de todo ese hablar de la gente hasta un estrato donde los mitos no llegan y empiezan las evidencias. Un poco de esa luz vamos a buscar. No se espere, por supuesto, cosa mayor. Doy lo que tengo; que otros capaces de hacer más hagan su más, como yo hago mi menos» (págs. 56-57).

Verdaderamente, uno parece que siente un poco de decepción al topar con esta «elección» de Ortega, en virtud de la cual limita su estudio al tema: «Qué es lo social, qué es la sociedad». Después de haberse enterado del clamoroso escándalo del principio, uno esperaba más. Mas por otra parte, se siente uno un poco inclinado a quedar satisfecho, pues piensa: al fin, si se limita a eso, si sólo se propone eso, no está obligado a más ni se le puede exigir más. ¿Y el índice de veinte lecciones que incluye el estudio de aquellos temas? Puede pensarse que obedecía a un primer propósito que posteriormente fué revocado o, mejor, recortado a las doce desarrolladas, abandonando el resto (24).

¿Qué hacemos, pues; nos conformamos?

(24) Favorecen también el pensar en la existencia de una restricción del propósito primitivo las siguientes observaciones: los compiladores dicen en la nota preliminar: «Hemos anexionado en nota al pie de página algunos párrafos que parecían omitidos» (pág. 18) por el autor en el texto del curso del Instituto de Humanidades preparado por él para su publicación. En uno de esos párrafos dice el autor: «...porque en otro lugar espero hacer ver, con perfecta diáfandad y evidencia, qué es la política, por qué en el universo hay una cosa tan extraña...» (pág. 109). Según puedo deducir del índice de lecciones del curso, comparándolo con el del libro, ese tema lo tenía reservado para la lección XIII, a la que no llegó. Por cierto que, al leer los párrafos omitidos por Ortega y anexionados en nota por los compiladores, recibe uno la impresión de que, en este caso, la sinceridad de éstos ha traicionado en cierta manera a su fidelidad al maestro, a la vez que a la prudencia y buen sentido intelectual de éste, pues, efectivamente, en algunas de ellas, sobre todo en la de la página 109, no puede evitar el lector la sensación de estar ante una frívola garrulería tan insustancial que me inclino a pensar hubiesen obrado mil veces mejor si las hubiesen omitido, fieles con ello a la voluntad expresa del autor. No obstante, muchas gracias.

Eso sería rendirse antes de tiempo, y yo no me rindo en absoluto. He emprendido un ataque a fondo a todas estas triquiñuelas orteguianas y no paro hasta que no acabe con ellas.

No paso por ese conformismo.

En primer lugar, porque ha de tenerse en cuenta que yo no estoy haciendo la crítica de este libro aisladamente, sino de la Obra Inédita de que forma parte. Así, desde este punto de vista, puede ocurrir, o hablando en directo, ocurre que la supuesta retirada es ilícita, esteriliza, deja sin efecto un propósito anterior reiteradamente formulado y no retractado (25).

Veamos. Quedó claro más arriba cómo constaba por los textos citados que Ortega consideraba concretamente sus dos libros inéditos titulados *Sobre la razón vital* y *El hombre y la gente*, como *complementos* de su obra escrita en vida, en el sentido de que allí encontraría el lector estudios profundos sobre los temas radicales de su filosofía y sociología. En concreto, remite insistentemente al lector a *El hombre y la gente*, como a un estudio donde podrá encontrar claros conceptos de lo que es sociedad, colectividad, individuo, Estado, derecho, usos, ley, justicia, etc., etc. Por esto, si ahora restringe su propósito, por más que no tenga nada de reprehensible el libro en sí mismo, sí lo tendrá como elemento de sus Obras Completas, que le exigen al autor el desarrollo completo del índice que de hecho Ortega ha dejado en el aire, sin satisfacción. No es, pues, desde este punto de vista, justificable la restricción del propósito primitivo, si es que, en vez de atacar de frente y decir que Ortega ha dejado trunco el índice, se prefiere dar el rodeo de suponer que tuvo dos propósitos, el segundo de los cuales vino a suplantar al primitivo. Cualquiera camino que se tome, viene a parar al mismo sitio: el propósito primitivo, capital, queda parcialmente sin realizar.

Se dirá que si no esclarece aquellas nociones en sí mismas, se detiene, no obstante, a dilucidar, a esclarecer cuáles son los hechos sociales (que considera como el supuesto general de todas ellas) comenzando para ello desde la realidad fundamental que es nuestra vida (26), supuesto radical que da sentido no sólo a la realidad social sino a toda

(25) Un propósito de matizar para su publicación lo que supone tener ya escrito. La confesión de 1940: «me encuentro con que ahora, menos que nunca, sé cuándo los podré concluir» (los dos gruesos libros), no se refiere a que le falten capítulos por redactar, sino a aquello de «la última mano», etc.

(26) El proceso que sigue su investigación lo describe, revisándolo en sentido inverso, de retroceso, en las páginas 21-23, primer punto. Lo omito porque resultaría demasiado largo el pasaje.

realidad ; de modo que si no llegó a esclarecer aquellas nociones, es porque se dedicó a esclarecer algo previo, fundamental en que ellas radican. Como dicen los compiladores en la Nota Previa del libro : «las cuestiones fundamentales se hallan tratadas en este volumen, el cual, ciertamente, sitúa el urgente e inundatorio problema que hoy plantean los temas sociológicos en un nivel de esclarecedor radicalismo no alcanzado por ninguna filosofía» (pág. 18). Aun a costa de ir contra la letra de Ortega—se insistirá—podría decirse que no hizo «lo menos», pero hizo «lo más». No cubrió el edificio, pero echó sus cimientos. Si se quiere, hizo lo contrario de lo que tenía costumbre hacer : irse por las ramas evitando y excusándose siempre de atacar a la raíz de los problemas. De modo que, como dice la Editorial en su *Boletín* (sept. 1957, pág. 1), aunque no trate expresamente esos temas, en lo que se expone en el libro hay ya «anticipaciones sobre algunos de sus temas [esto es : de los que tratan los capítulos por desarrollar] : el Poder público, el Derecho, el Estado».

Está bien : reconozco la ingeniosidad de quien discurra así, pero frente a uno que ve las cosas claras y está dispuesto a no dar el brazo a torcer sin más ni mas, sino a defender la realidad de las cosas como es y a combatir las triquiñuelas hasta lo último, es una ingeniosidad ineficaz.

Quede concedido que todas estas ideas—ley derecho, Estado, etcétera—«implican siempre, como su ingrediente esencial, la idea de lo social, de sociedad. Si ésta no está clara, todas esas palabras no significan lo que pretenden y son meros aspavientos». Digamos que «sin luz sobre este tema, todas esas palabras representan mitos» (27). Pero...

Primeramente invito a observar que el capítulo segundo que trata de «la vida personal» (28) es una refundición de cosas dichas en sus *Obras Completas* una y mil veces, repetidas machaconamente hasta con los mismos giros y ejemplos (29). Con lo cual no quiero decir que sobre

(27) En IV, 118, nota, lo enumera entre los demás, como si fuese uno de tantos. Por este pasaje se ve que no lo considera así.

(28) Es donde propiamente el autor entra en materia. Al anterior, como hemos visto en la cita de la nota 29, lo considera él mismo como «prólogo».

(29) Ejemplos : El primer punto aparte de la página 61 son ideas resabidas para el lector asiduo de las obras de Ortega por las veces que en ellas repite la idea con muy similares giros. El pasaje «la vida no nos la hemos dado nosotros, sino que nos la encontramos precisamente cuando nos encontramos a nosotros mismos. De pronto y sin saber cómo ni por qué, sin anuncio previo, el hombre se descubre y sorprende teniendo que ser en un ámbito impremeditado, impre-

en el libro, sino que, si lo más interesante que tenía que decir en este libro y su razón de existir era el contenido de este capítulo, y con ello intentaba *complementar* su Obra Impresa, podía habersele ahorrado porque, *de nuevo*, no nos da en él ni una idea, ni la más mínima (30).

Otro tanto ocurre con el capítulo tercero: «Estructura de 'nuestro' mundo». Apenas si precisa en él un poco más la terminología. Por ejemplo, la distinción entre *contorno* y *mundo* (págs. 90-91) que en las demás obras, y en ésta también, había empleado como sinónimos (V, 339; IV, 404; I, 564).

La razón, pues, de existir al menos los tres primeros capítulos del libro, no es que con ellos *complemente* nada de lo ya dicho en sus Obras Completas, sino que sean puntos de referencia ya conocidos pero que está bien recordar, para esclarecer lo que desea. Y lo que desea esclarecer, atendiendo al punto donde insistentemente fija la mirada cuando, a lo largo de sus Obras Completas, remite al lector a este libro, son esas nociones, principalmente, de cuyo estado de torpeza y confusión se escandaliza en la lección sobre el ensimismamiento y alteración: qué cosa es ley, derecho, Estado, nación, patria, etc., etc. Esto es lo que se propone esclarecer en el libro que promete, y no menos. Esto es «lo más»; lo otro, los antecedentes—necesarios, indudablemente, para entender esto a fondo—es «lo menos».

En los cuatro capítulos siguientes (desde la pág. 111)—que constituyen la segunda sección del libro—ya no expone temas tan conocidos para el lector de sus Obras Completas, pero continúan siendo «nociones preparatorias».

Al principio del capítulo VI dice: «Estos conceptos y nombres son para nosotros términos técnicos a que estamos ya habituados por lo dicho en las lecciones anteriores y, junto con otros muchos a que creo haber logrado habituarnos, vamos adquiriendo un capital común de nociones y vocablos que nos permiten entendernos y gracias a ello

visto, en este de ahora, en una coyuntura de determinadísimas circunstancias» (página 65), se encuentra literalmente en VI, 13. Este otro: «De donde resulta que lo que me es dado cuando me es dada la vida no es sino quehacer. La vida, bien lo sabemos todos, la vida da mucho que hacer» (página 68), es repetición *ad litteram* de VI, 33. Véase también V, 212.

(30) Voy a ser escrupuloso. Acaso lo único nuevo que aprende quien ha leído sus Obras Completas es el matiz terminológico que encierra este pasaje: «El hombre, que es siempre yo—el yo que es cada cual—, es lo único que no existe, sino que *vive* o es viviendo. Son precisamente las demás cosas que no son el hombre, yo, las que *existen*, porque aparecen, emergen, saltan, me resisten, se afirman dentro del ámbito que es mi vida. Vaya esto dicho y disparado de paso» (página 64).

poder avanzar hacia cuestiones que, en realidad, son más difíciles, sutiles, refinadas, pero que merced a esos conceptos ya adquiridos serán mucho más fáciles y asequibles. Esas nociones preparatorias servirán como pinzas de finas puntas que permiten aprehender, esto es, comprender, cosas bastante delicadas y filiformes» (pág. 143. El subrayado es mío). Estas cuestiones más difíciles, sutiles, filiformes, son, pues, posteriores a este pasaje.

Por lo que dice al principio del capítulo VII (pág. 171), parece que el capítulo VI cae dentro de la misma etapa expositiva: «Los sociólogos todos nos dejaron insatisfechos en cuanto a *las nociones fundamentales* de sus sociologías, y ello porque no se habían tomado el trabajo de ir de verdad al cuerpo, a *los fenómenos más elementales* de los cuales resulta la realidad social. A este fin dimos una minuciosa y lenta batida juntos [él y los oyentes del curso]. (El subrayado es mío).

También hay que incluir los capítulos VII y VIII en esa etapa de «nociones preparatorias» para llegar a ver *claramente* qué es lo social, la sociedad, condiciones a su vez indispensables para precisar aquellas otras nociones fundamentales. Al principio del capítulo IX (páginas 213-216) dice: «Recuérdese que nuestra trayectoria partió de la desconfianza que nos han inspirado los sociólogos porque ninguno de ellos se había detenido con la exigible morosidad a analizar los fenómenos de sociedad más elementales. Por otra parte, en nuestro derredor—libros, Prensa, conversaciones—hallamos que se habla con la más ejemplar irresponsabilidad de nación, pueblo, Estado, ley, derecho, justicia social, etc., etc., sin que los habladores posean la menor noción precisa sobre nada de ello. En vista de lo cual queríamos averiguar, por nuestra cuenta, la posible verdad sobre esas realidades, y a ese fin nos pareció obligado ponernos delante de las cosas mismas a que esos vocablos aluden, huyendo de todo lo que fuera ideas o interpretaciones de esas cosas, elaboradas por otros. Queremos recurrir de todas las ideas recibidas a las realidades mismas... Para poder ver, captar con evidencia lo peregrino del fenómeno social era imprescindible toda la anterior *preparación*» (El subrayado es mío.)

¿Y qué decir de los otros cuatro capítulos restantes? En ellos estudia ya propiamente los «hechos sociales» que es a lo que limitó su propósito en la introducción del libro. En el corto capítulo VIII se ciñe a insinuar algunos casos de «hechos sociales» para abrir la conciencia de los oyentes a ellos; hechos, fenómenos no considerados

hasta ese momento, no obstante darse en el área de nuestro mundo como una clase de realidades irreductibles a los descubiertos y estudiados hasta ese momento. Recurre para ello al ejemplo del guardia urbano que nos impide el cruce de la calle por un lugar que no sea en las esquinas; al de la moda en el vestir, que impone la manera general de hacerlo. El primero, remite a la realidad que es el Estado; el segundo, al uso y a la gente, a la sociedad, a la colectividad, que son realidades que integran el mundo social. En los capítulos siguientes se lanza a describir y analizar estos nuevos «hechos o fenómenos llamados «sociales», volviendo a veces pasajeramente a esos ejemplos, pero principalmente operando sobre otros dos ejemplos preclaros que ahí no mentó: el saludo (págs. 221-227, 234-240, 242-247, 251-258) y el lenguaje (págs. 227, 253 y el cap. XI) (31).

A lo largo de esos capítulos encontramos las afirmaciones principales siguientes sobre la realidad social: los hechos o fenómenos sociales son, en definitiva, «Usos» (página 206, 26). La realidad social, el «Mundo social», como conjunto de fenómenos o hechos sociales, es «un océano de usos» (pág. 227). En esos capítulos, fiel al compromiso «de descubrir con *irrecusable claridad*, esto es, con genuina evidencia, qué cosas, hechos, fenómenos entre todos los que hay merecen por su diferencia con todos los demás llamarse 'sociales' (página 81); y averiguado que son los llamados «usos»; supuesto todo lo dicho en los capítulos anteriores, intenta «aclarar plenamente qué es el uso, cómo se forma, qué es lo que le pasa cuando cae en desuso y en qué consiste esa contravención del uso que solemos llamar el «abuso» (pág. 227). Y dice: «siguiendo nuestro estilo vamos a hacerlo a fondo» (pág. 226). Todo este plan (menos lo del abuso, palabra que sólo recuerdo haber encontrado en las págs. 310 y 311) lo realiza en el capítulo X, a la vez que analiza el ejemplo concreto del saludo.

Lo que queda del libro se lo lleva casi todo el análisis de otro ejemplo de uso: el lenguaje (32). Sólo en las últimas páginas (desde

(31) En la introducción dice: «Ya se verá cómo mi percepción y análisis de los nuevos fenómenos que ahora van a ir saliendo a la vista, me llevan a una idea de lo social y de la sociedad, por tanto, a una sociología la más estrictamente... tremenda en el sentido de tremebunda» (pág. 217).

(32) He aquí las razones que podrían aducirse para justificar esa demora: «Es la lengua el hecho en que más clara y puramente se dan los caracteres de la realidad social y, por eso, en él se manifiesta con incalculable precisión el ser de una sociedad» (pág. 267). «Tenemos en el lenguaje un paradigma de lo que es el hecho social» (pág. 290). Lástima que estas ventajas hayan venido acompañadas de los inconvenientes que apuntamos en la nota 34, que dan, oro yo, una interpretación decisiva al hecho de dedicar los dos últimos capítulos enteros al lenguaje (y los otros dos anteriores al saludo).

el final de la 303), a propósito del lenguaje, habla de la «opinión pública» y de unas cuantas cosas más que toca a la ligera. Y así termina el libro, abocado al primero de los mayores o fundamentales usos en lista para ser estudiados a fondo: el Estado.

En conclusión: Además de los temas preparatorios, elementales que estudia en los siete primeros capítulos, de los «hechos sociales» —que él denomina «usos»—, estudia solamente qué son los «usos» *en general*; y *en particular*, sólo analiza el uso que es el saludo, como ejemplo adecuado para ingresar a fondo en la cuestión de qué son los «usos» (pág. 221); y después, el uso que es el lenguaje, como labor necesaria particularmente para saber qué es el Estado. No entra, pues, en el estudio de los *grandes temas*, de los *grandes usos*. Y por tanto: Hace «lo menos» y deja sin hacer «lo más».

No niego, pues, que para llegar a conseguir el esclarecimiento de esas ideas necesitase redactar, además de las tres lecciones que ya hemos mencionado, las otras nueve que les siguen, porque ese parece ser el camino por que llevase paso a paso al lector desde los comienzos de que parte hasta los temas que pretende esclarecer (33). Pero quedarse, como Ortega hace, a las puertas de esos temas o nociones, es dejar sin realización su propósito primitivo que es el que otorga una razón de ser capital al libro. Por esto la supuesta limitación que hace Ortega de su propósito, no tiene justificación en cuanto significa la restricción de un propósito previo más amplio, de valor capital para su Obra, al que esta restricción deja sin efecto, anula.

Ese propósito restricto con que se intenta justificar la limitación al estudio del tema urgente: «qué es lo social, qué es la sociedad», no niego que sea suficiente para justificar la aparición de *un* nuevo libro titulado *El hombre y la gente*, pues sobre este tema no se encuentran pasajes tan abundantes ni tan claros en su Obra Impresa, además de que correspondería al título, pero tal libro no puede ser el anunciado tantas veces con el mismo nombre; al menos no es sino la realización de una parte del propósito que allí aparecía. Tal libro termina justamente cuando debía comenzar a tratar del Estado, el primero de la lista de aquellos conceptos capitales que pedían clamo-

(33) La división del libro en tres secciones (además de la lección primera en que plantea el problema y anuncia su propósito) está clara, por más que no aparezca tipográficamente en el índice. La primera (=vida individual) abarca los capítulos: II-III (el capítulo III termina en la pág. 111, que es donde comienza la materia del V); la segunda (=vida inter-individual): IV-VIII; la tercera (=vida social): VIII-XII. El mismo Ortega, al principio del capítulo IX, da una ojeada retrospectiva y las denuncia (págs. 213-216). Véase también págs. 22-23

rosamente aclaración. Será, pues, un libro más que se añada a sus obras, pero no uno de aquellos dos libros prometidos y esperados como magnas exposiciones de las claves de su pensamiento filosófico todavía no dadas a la luz pública. En este aspecto no es un libro sino *medio* (por muy bien editado que esté y muy agradable que sea a la vista), con la particularidad de que lo que falta es lo que más se esperaba.

Pero es que, aparte de estas razones, no paso por aquel conformismo de que hablamos páginas atrás, porque el argumento de la limitación del propósito de Ortega a que se siente acaso la tentación de acudir para justificar la limitación del libro en cuestión al tema «qué es lo social, qué es la sociedad», no es justificable tampoco aun cuando se considere el propósito estricto del libro independientemente del que manifestó tener, en los pasajes citados de sus Obras Completas. Quiere esto decir que, si el proponerse simplemente exponer qué es lo social, qué es la sociedad, es suficiente para justificar un libro *completo* titulado *El hombre y la gente*, esto no basta para dar por cierto que *el de Ortega* así titulado sea completo.

Que no es completo parece lo prueban los siguientes pasajes:

«Es menester que *nos preparemos* a ejercitar *métodos de detective*, ya que, en efecto, y por razones que *en su hora veremos*, la realidad social y todo lo que a ella estrictamente pertenece es esencialmente ocultativa, enubierta, subrepticia» (pág. 219). «Se trata de evitar hacer hipótesis, suposiciones, por plausibles que parezcan y atenerse a contemplar estrictamente eso que... nos pasa en tanto que nos pasa. Sólo este *radical método* puede defendernos del error» (pág. 223). (33 bis). Sigue, pues, hablando de preparativos hasta en los últimos

(33 bis) Noto de paso que este «radical método» (método raciovitalista?) a que se ciñe (1) para defenderse del error, creo no ser otro que el fenomenológico, inaugurado por Husserl. Apuntes tomados de este libro tan sólo: «Ya verán la luz que esta idea de lo com-presente, de la compresencia aneja a toda presencia de algo, idea debida al gran Edmundo Husserl, nos va a proporcionar para aclararnos el modo como aparecen en nuestra vida las cosas y el mundo en que las cosas están» (pág. 88). «Ha sido Husserl quien ha planteado de manera precisa—nótese que digo sólo 'planteado'—el problema de cómo nos aparece el otro hombre y ello en la última obra publicada en su vida, las *Meditaciones Cartesianas*, de 1931» (página 152. Véase también pág. 133). «Husserl fué el primero en precisar el problema radical y no meramente psicológico que yo titulo 'la aparición del otro'» (página 153). «En esta descripción de cómo me es originariamente—estamos hablando siempre del modo originario de aparecer las cosas—...» (pág. 155). «Yo no puedo ahora detenerme en una rigurosa fenomenología del dolor...» (pág. 172). Hablando del alma de Occidente frente al acertijo del ser, dice: «En esta fecha

capítulos de su libro, y remite a horas de visión que a mí me parece no haber encontrado en las páginas de ese libro.

En otros pasajes manifiesta abiertamente que no quita la vista de aquellas nociones que los sociólogos no tienen claras y que su propósito expreso es esclarecer desde su raíz. (En la pág. 81 dice: «Nos es urgente estar bien en claro sobre qué sean la sociedad y sus modos»). Si eso de «modos» es equivalente a «formas», entonces está apuntando a lo que pensaba estudiar en el capítulo XVI.

En la pág. 213: «...queríamos averiguar, por nuestra cuenta, la posible verdad sobre esas realidades» (nación, pueblo, Estado, etc.).

En la pág. 258, al final de la lección X, da un guión del orden de algunas cuestiones que le quedan por tratar después de la del lenguaje (34): «Para regular el roce de los desconocidos en la ciudad, y,

nos toca tentar la solución del colosal jeroglífico partiendo del hombre» (pág. 175). Entremos, sin más, en la nueva tarea, que es decisiva para una comprensión plena de lo que es Sociedad. (La cosa, tal y como yo la veo, que es en forma aproximada inversa de como la han visto los únicos que se han ocupado en serio de esta cuestión, a saber: Husserl y sus discípulos Fink, Schütz, Löwytz, etc...) (pág. 181). Disiente de ellos en el «desarrollo del problema» (pág. 153), pero no en su planteamiento, ni en su método.

(34) Poco antes, en la pág. 255, Ortega se detiene un momento a llamar la atención sobre la marcha rectilínea en lo que va quedando atrás del libro. Dice: «se ha visto que en estas lecciones me he portado correctamente, caminando por derecho a mi tema, y aun los episodios que en su momento pudieron parecer lo contrario, han resultado luego avances de sustancia. Es decir, que, ascéticamente, yo he marchado mi ruta adelante, renunciando a disparar sobre los espléndidos problemas que a uno y otro lado del camino nos salían revolando, como faisanes...» (Al leer estas líneas quien ha leído las páginas que les anteceden, se dice para sí: Lástima no hubiese adelantado estas consideraciones al principio del cap. VIII, y mejor aún, al del VI. Entonces no le hubiese hecho falta advertir que «aun los episodios que en su momento pudieron parecer lo contrario han resultado luego avances de sustancia»... Entonces sólo le hubiesen venido al lector a la memoria las innumerables digresiones de sus Obras Completas y de sus Cursos Universitarios, pero hubiese pensado que había llegado la hora de la corrección. Mas después de haber leído, sobre todo los capítulos IX y X, donde se ha encontrado con tantas digresiones... Pero no, no digamos «digresiones», digamos más bien «subtemas» y así logramos salvar aquello de «caminando por derecho a mi tema». Logramos también estar de acuerdo en la nomenclatura con M. Fernández Almagro (Crítica y Glosa a «Meditaciones del Quijote», de Ortega, con comentario de J. Marías, en ABC, 14 dic. 1957) quien acaso se limita a usar la de J. Marías. Pero no con ello estoy de acuerdo en disculpar a Ortega. Puesto que se trata de «subtemas», vamos a decir que no se sale del camino, del asunto que trata, pero se entretiene en asuntillos que le hacen olvidar el tema principal, el fin del viaje. ¿Olvidar? ¿O más bien evitar del modo más correcto llegar a él? Yo le he de confesar al lector que tengo la convicción de que la lentitud superlativa que lleva el libro estaba calculada para... *no llegar al fin*. (En cuyo cálculo pudo intervenir como su determinante decisivo la idiosincrasia mental del autor, no lo niego).

No obstante todo esto, aún se le puede felicitar de no haber hecho más tarde aquella llamada de atención, pues los subtemas o entretenimientos de los dos capítulos restantes hubiesen exacerbadlo más al lector.

sobre todo, en la gran ciudad, fué menester que en la sociedad se crease un uso más perentorio, enérgico y preciso: ese uso es, lisa y llanamente, la policía, los agentes de seguridad, los gendarmes. Pero de este uso no podemos hablar hasta que no nos enfrentemos con otro más amplio que es su base: el Poder público o Estado. Y éste, a su vez, sólo puede ser claramente entendido cuando sepamos qué es el sistema de usos intelectuales que llamamos «opinión pública», el cual se constituye merced al sistema de usos verbales que es la lengua». Por tanto: 1) de los usos verbales; 2) de los usos intelectuales; 3) del Estado o Poder público; policía, etc.

En la pág. 264: «La coacción máxima es la física y el contorno social la practica cuando se contraviene a un tipo de usos muy característico que se llama 'derecho'. Ya veremos por qué esto pasa... El derecho es un uso fuerte. Espero poder mostrar... Pero no es aún la hora de hablar sobre qué sea el derecho». (El subrayado es mío). Para hablar del derecho había reservado el capítulo XV.

Está, pues, a la vista que el propósito de Ortega, tal como aparece a lo largo del libro (aunque acaso no tal como aparece en la introducción), no entraña limitación alguna del que manifestó tener en sus Obras Completas.

Si entre estos pasajes que delatan la voluntad de estudiar temas que desbordan el escueto estudio de «qué es lo social, qué es la sociedad» y aquellos otros de la introducción que manifiestan una voluntad de limitar el estudio a sólo eso hay incongruencia o no, es cosa que quizá se esclarezca pensando, en parte, al revés de como se ha pensado hasta ahora: que lo que comenzó por ser un propósito restringido fué ampliándose poco a poco a medida que fué entrando en materia. Pero armonícese como se quiera, permanece firme que también desde el punto de vista del propósito interno del libro, es un libro truncado más que se añade a sus Obras.

Hay además, para probar esto, otra contundente razón: que, como nos han dicho los compiladores, el autor laboraba en los restantes capítulos previstos y no redactados, cuando le sorprendió la muerte (35). Señal de que no daba por acabado el libro.

Concedido, pues, que estudia y pone en claro *su* concepto del ingrediente esencial (lo social, la sociedad) que implican aquellos te-

(35) Si existió esa limitación o no en alguno de los cursos que dió sobre la misma materia, es cuestión aparte.

mas básicos anunciados, pregunto : cuando se ha estudiado eso, ¿ qué se ha hecho ? Contesto : Estudiar algo «inexcusable» (pág. 33), ciertamente, algo que «constituye la raíz de esos conceptos» (pág. 57), algo «preliminar» (págs. 33, 34). Pero vuelvo a preguntar : ¿ y para que las palabras que expresan aquellas ideas de Estado, ley, patria, etc. no sean meros aspavientos, mitos, basta con tener ideas claras, evidencias sobre qué es lo social, qué es la sociedad, o se necesita también algo más ? Creo que es necesario tener la idea clara correspondiente a cada una de esas palabras, aunque, claro está, como saliendo de aquellos preliminares ya en perfecta claridad. Y Ortega ha dejado por hacer esa operación.

Y no se arregla nada con decir, como lo hace la Editorial en su *Boletín* (sept. 1957, pág. 1), que en los capítulos desarrollados en el libro hay ya «anticipaciones» sobre los temas que enuncian los otros capítulos previstos.

Hay ya anticipaciones. Estas, ni más ni menos :

a) Sobre el Estado : «¿ Quién es ese Estado que me manda y me impide pasar de acera a acera ? Si hacemos esta pregunta a alguien, se verá cómo ese alguien comienza a abrir los brazos en ademán nadorio—que es el que solemos usar cuando vamos a decir algo muy vago—, y dirá : 'El Estado es todo, la sociedad, la colectividad'. Contentémonos por ahora con esto, y prosigamos...» (pág. 206). «¿ Quién o qué cosa es el Estado ? ¿ Dónde está el Estado ? ¡ Que nos lo enseñen ! ¡ Que nos lo hagan ver ! ¡ Vana pretensión la nuestra : el Estado no aparece sin más ni más ! Está siempre oculto, no se sabe cómo ni dónde... Estado es una de las cosas que la lengua corriente designa como incuestionablemente sociales, acaso la más social de todas...» (página 218). «Ejemplos de los 'usos fuertes o rígidos' son—aparte de los usos económicos—el derecho y el Estado, dentro del cual aparece esa cosa terrible, pero inexorable e inexcusable, que es la política» (pág. 253). «El Poder público o Estado es un 'uso' ; el cual sólo puede ser claramente entendido cuando sepamos qué es el sistema de usos intelectuales que llamamos 'opinión pública'» (pág. 258). La sociedad «para lograr que predomine un mínimo de sociabilidad y, gracias a ello, la sociedad como tal perdure, necesita hacer intervenir con frecuencia su interno 'poder público' en forma violenta y hasta crear—cuando la sociedad se desarrolla y deja de ser primitiva—un cuerpo especial encargado de hacer funcionar aquel poder en forma incontestable. Es lo que ordinariamente se llama Estado» (pág. 312).

Véase pág. 226). Tiene como atributos «el no dependér su funcionamiento de nuestra adhesión individual y el servirnos como instancia colectiva a que recurrimos o podemos recurrir» (pág. 309).

b) Sobre la política: Es un «uso fuerte»; una «cosa terrible, pero inexorable e inexcusable» (pág. 253). «Yo detesto toda política, la considero como una cosa siempre e irremediamente mala, pero a la vez inevitable y constituyente de toda sociedad. Toda política, aun la mejor, es, por fuerza, mala; por lo menos, en el sentido en que son malos, por buenos que sean, un aparato ortopédico o un tratamiento quirúrgico» (pág. 109, nota).

c) Sobre el derecho: Es «un tipo de usos muy característico» (página 264); «el derecho es un uso fuerte» (página 264. Véase 253); «un uso entre los usos» (pág. 265). Tiene como atributos los mismos del Estado que ya dijimos.

d) Sobre la opinión pública: Es «un sistema de opiniones que la gente tiene» (pág. 227).

e) Sobre la Sociedad: «Los usos se articulan y basan unos en los otros formando una ingente arquitectura. Esa ingente arquitectura usual es precisamente la Sociedad» (pág. 258). En general «la sociedad consiste en los usos» (pág. 250. Véase p. 22); es el «conjunto de hechos sociales» (pág. 307), «conjunto de usos» (pág. 309). Su carácter más sustantivo, como el de cualquier hecho social, es la «vigencia» (pág. 307). Como la sociedad, en una u otra proporción es disociedad, se puede decir que «es una realidad constitutivamente enferma, deficiente—en rigor es, sin cesar, la lucha entre sus elementos componentes efectivamente sociales y sus comportamientos y elementos sociales o antisociales» (pág. 312).—Pero respecto a lo que Ortega dice de la sociedad sale un reparo: en el propósito restricto que manifestó en la introducción, ¿no eligió el tema «qué es lo social, qué es la sociedad»? ¿Es posible que no haya llegado a estudiar debidamente qué es la sociedad? Si estudió eso o no, encomiendo al lector que decida él en su juicio sin que yo le acompañe. Me limito a proporcionarle, además de los pasajes anteriores, el siguiente: «No es posible obtener una visión luminosa, evidente de lo que es sociedad si previamente no se está en claro sobre sus síntomas, sobre cuáles son los hechos sociales en que la sociedad se manifiesta» (pág. 22) (36). En el libro se pone en claro, por lo pronto—aunque a su modo—

(36) Sigue el punto: «y en qué consiste». Esto paréceme una incongruencia. Si los «hechos sociales» son algo sobre lo que se puede estar en claro previamente a estarlo sobre lo que es sociedad, parece que se da por sobreentendido que la

qué son los «hechos sociales» en general. Si con las frases que dijo sobre la sociedad es suficiente—en el supuesto de que en sí no exprese más que el abstracto de la realidad social en su totalidad, lo que no ocurre con el Estado, el derecho, etc., que son realidades sociales concretas—, júzguelo el lector. Acaso esas frases sean como el resumen de lo dicho acerca de los hechos sociales y con ello baste (por lo que puede exceptuarse esto, de lo que vamos a decir inmediatamente).

Estas «anticipaciones» hay, ni más ni menos, acerca de los temas que enuncian los otros capítulos previstos. Mas con acudir a ellas no se arregla nada. ¿Por qué? Porque no satisfacen, no son capaces de proporcionar la claridad que uno espera sobre tales realidades sociales. Remitir a ellas es poner en funciones procedimientos pedagógicos orteguianos ya antiguos que se han de suponer ya abandonados por el mismo Ortega en este supuesto «tratado» sociológico; es someter al lector a algo así como al régimen pedagógico de la alusión, a una modalidad táctica ensayística.

Además, el mismo Ortega no critica en la primera lección o capítulo las Obras de Comte, Spencer y Bergson, de modo que no reconozca que hay también en ellos ciertas anticipaciones. Lo reconoce y, sin embargo... califica los conceptos que tienen de toscos, confusos, imprecisos, vagorosos. Copiaré de nuevo el pasaje: «No es esto decir, ni mucho menos, que en estas obras, como en algunas otras, falten *entrevisiones, a veces geniales*, de ciertos problemas sociológicos. Pero, careciendo de evidencia en lo elemental, esos aciertos quedan secretos y herméticos, inasequibles para el lector normal. Para aprovecharlos, tendríamos que hacer lo que sus autores no hicieron: intentar traer a luz esos fenómenos preliminares y elementales, esforzarnos denodadamente, sin excusa, en precisarnos qué es lo social, qué es la sociedad» (pág. 34).

En nuestro caso, el lector de Ortega tiene que hacer algo similar, pero inverso: en vez de ir hacia atrás, hacia lo preliminar y elemental, habrá de ir hacia adelante, intentando hacer la gravísima operación y delicadísimo quehacer que el autor no hizo: aclarar la relación que hay entre esos elementos o preliminares y aquellasocio-

sociedad no consiste en ellos. ¿Quiso decir acaso «y por los que se constituye», en el sentido de «origina», forma, nace, se instaura? (Véanse las páginas 247-249). En la pág. 258 dice que la opinión pública «se constituye merced al sistema de usos verbales que es la lengua».

nes (37). Este quehacer esclarecedor encierra dos puntos: a) Ver si lo que intenta concretamente Ortega se reduce nada más que a patentizar las raíces, los presupuestos teóricos de esas nociones que manejan los autores citados (Durkheim, Comte, Spencer, Bergson), *sin intentar sustituirlas por otras sino aceptándolas* una vez efectuada aquella labor de esclarecimiento elemental; o más bien, la labor es de tal alcance que partiendo del esclarecimiento *a radice* de lo social, terminaría el proceso en *otras nociones de propia «mentefactura»*. Yo pienso no es creíble que Ortega se contentase simplemente con buscar la fundamentación teórica, el esclarecimiento básico de las nociones de otro, sino que su intención llegaba a sacar de esas raíces *sus* propias ideas de Estado, nación, etc... b) El otro punto consiste en averiguar cuáles son cada una de esas nociones en la mente de Ortega. Y esto es, sobre todo, lo que yo veo como un delicadísimo quehacer. Tales averiguaciones no podrían por menos de ser «interpretaciones» que, según el mismo Ortega, son antes de no mucho fiar (38).

Tampoco saca gran cosa en limpio la decisión que han tomado los compiladores para *suplir* la falta de desarrollo de los ocho últimos capítulos previstos: «En ulteriores ediciones, cuando todos sus escritos inéditos se hallen publicados, agregaremos a los epígrafes vacantes—que damos en Apéndice—las oportunas referencias al resto de su obra en la que esos temas hallan *suficiente* desarrollo» (pág. 18. El subrayado es mío). Cuando el autor remitía insistentemente al lector a este libro, en los momentos críticos en que estos temas asomaban a sus escritos, asegurándole que en él los encontraría *suficientemente* desarrollados y justificados, mal pueden estarlo como es de desear en otras obras, al menos en cualquiera de las publicadas en vida del autor (y en las que se publiquen después de su muerte creo que tampoco). Lo que hagan los compiladores serán, no lo dude el lector, arreglitos, componendas, remiendos como los que está cansado de ver en las Obras Completas del autor. En suma—y va la palabra preñada de desazones y pesadillas para un orteguiano al verse embestido por ella,

(37) Advierto una cosa. No he visto, ni he podido ver en absoluto, el índice del otro gran libro prometido por Ortega: *Aurora de la razón histórica*. Pero me imagino que los primeros capítulos del cuerpo de *El hombre y la gente*, titulados *La vida personal* y *Estructura de nuestro mundo*, son preliminares que pueden servir igualmente para aquél.

(38) Delicadísimo quehacer, primeramente por la misma razón que lo sería para el autor; y, además, porque dado el carácter descontentadizo y disidente que muestra tener Ortega, casi se le podría pronosticar que, a los ojos de éste, la labor de quien tuviese ese atrevimiento, no lograría éxito, al menos éxito pleno. Es notorio que nunca muestra plena conformidad con las opiniones de nadie.

pues está acostumbrado a ver al maestro embestir con ella a otros—, en suma, harán «interpretaciones». Y si Ortega era un empedernido enemigo de todo lo que fueran interpretaciones elaboradas y arregladas, y huía de ellas como de la peste, en este caso huyo yo de las que me puedan presentar sus discípulo sobre las doctrinas del maestro, por más próximos que le sean y más fieles que le pretendan ser. ¡Fuera interpretaciones! Lo que quiero ver es la Obra Inédita de Ortega limpia, limpia de interpretaciones y adherencias ajenas. Quiero ver qué es lo que hizo y lo que, queriéndolo hacer, no lo hizo. Para sacar la moraleja me las basto yo. Yo sabré dar *mi* interpretación sobre lo que significa el no haber hecho lo que dejó por hacer.

b) *Presentación de "Aurora de la razón histórica" y comentario.*

Y con esto he terminado de hablar sobre la única obra inédita de Ortega que poseo. Pareja a ésta, como ya hemos visto, tenía también Ortega proyectada otra que titulaba en un principio *Sobre la razón vital* y últimamente *Aurora de la razón histórica* (39). En sus anuncios casi siempre aparecía al par de la otra. Ya hemos visto que la anuncia desde 1929 como «próxima a aparecer». También es un «grueso volumen», «un gran mamotreto filosófico». Es evidente que a los ojos del autor tenía más importancia todavía que *El hombre y la gente*, por ser una especie de *prima philosophia*. Ya en 1940 dijo también de ella, a la vez que de la otra, que le faltaba sólo darle «la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta». En el libro *El hombre y la gente*, todavía alude a ella dos veces. En la pág. 175 dice: «El hombre, gústele o no, quíralo o no, es continuamente y sin remedio descifrador de enigmas, y a lo largo de la historia universal se oye, por detrás de todos sus ruidos, un estridor de cuchillos que alguien afila contra el asperón—es la mente humana que pasa y repasa su filo sobre el tenaz enigma, τί τὸ ὄν; ¿qué es el ser? A esta faena de hacernos vivazmente sensibles para el tremendo secreto e infinito acertijo que es el Universo e intentar denodadamente descifrarlo, tenemos que volver de nuevo y a fondo, si bien no en este curso». Y líneas más abajo insinúa un matiz general de su pensamiento: «En esta fecha de la historia nos toca tentar la solución del colosal jeroglífico partiendo

(39) Sobre el alcance significativo del cambio de título, véanse mis «atrevimientos» en el artículo *Interpretaciones del ensayismo orteguiano*, ESTUDIOS FILOSOFICOS, V (1956), 270-272.

dei hombre». En la pág. 254 dice: «Por razones radicales y decisivas en la realidad de la vida humana; que no he podido siquiera referirme a ellas en estas lecciones—pertenecen, precisamente, a la base más definitiva de mi pensamiento filosófico [fíjese la importancia que les da]—, tengo la convicción de que todo lo humano—no sólo la persona, sino sus acciones lo que construye, lo que fabrica—tiene siempre una edad».

En este caso no podemos proceder como hemos hecho antes: acudiendo a los hechos. No podemos medir aquellas palabras de Ortega con la realidad del libro, porque no lo tengo ni está publicado todavía. Pero basta contrastar lo que dijo Ortega con lo que nos anuncia su Editorial. Dice ésta en su *Boletín* (sept. 1957, pág. 1), refiriéndose a este libro: «de éste no se han encontrado más que algunas páginas descabaladas». Esto dice el *Boletín*, amigo; nada menos. Y ahora un momento de confidencias. ¿A que le ha dejado a usted, lector, helado esta declaración? ¿A que no se la esperaba, por más animosidad y «manía» intelectual que tenga contra Ortega? ¿A que le ha producido un escandalazo gordo, gordo? ¿Verdad que es así? Es que la cosa es grave. Es que uno piensa con toda razón que no hay derecho; que la cosa es indignante.

Pero... (léanse las palabras siguientes como consejo de anciano) no hay que perder de vista nunca sobre qué recae exactamente la indignación y, por tanto, lo que es concretamente el motivo de ella. En este caso, es evidente que algo indignante hay, pero ¿qué es en concreto lo que provoca nuestra indignación: la declaración del *Boletín Editorial* o la declaración de Ortega? El lector tiene opción. Yo me limito a exponerle el sentido que tiene la mía: no creo, en absoluto, que el *Boletín* mienta al decir que del libro *Aurora de la razón histórica* «no se han encontrado más que algunas páginas descabaladas». Lo que creo firmemente es lo que ya dije del mismo pasaje al hablar de *El hombre y la gente*: que al declarar Ortega en 1940 que le faltaba sólo darle la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta, lo que dijo fué una solemne insinceridad. Repito: una solemne insinceridad, pues con ello quiso hacer creer al lector que tenía ya redactado completamente un libro del que no tenía escritas sino algunas páginas descabaladas.

¿O es que cuando lanzó aquel anuncio de 1940, en realidad tenía redactado el libro, pero después, insatisfecho, lo rasgó para volverlo

a hacer de nuevo, quedando como muestras de ese trabajo posterior esas hojas descabaladas? Porque es de notar que el *Boletín* hace constar sencillamente el hecho de no haber encontrado más que algunas páginas descabaladas. En tal caso tendría que retractarme de la acusación de insinceridad que le acabo de hacer. Demuéstre-se y dése por hecha mi retractación.

Yo comprendo muy bien que Santo Tomás haya declarado al final de sus días, según cuentan, que todo cuanto había escrito se le hacía paja, no obstante ser grano; comprendo también que, si le hubiesen dejado, hubiese rasgado o quemado todas sus obras con la misma fruición de quien quema paja, aunque quemase grano. Pero para hacerme creer que Ortega haya rasgado el escrito en cuestión, después de tener su redacción a la altura que expresamente nos dice lo tenía en 1940, tendría que darme pruebas verdaderamente convincentes. De lo contrario, me resisto a creerlo. Y darme estas pruebas va a ser más que difícil.

No obstante, esto no quiere decir que yo no admita que Ortega haya rasgado muchos papeles sobre el asunto que considerase paja y fuesen efectiva paja. Esto sería desconocer el estado de ánimo del escritor (filósofo sobre todo) que se decide a redactar un libro de la categoría del que ahora tratamos. Es comprensible que antes de escribir esos «papeles descabalados» que se han encontrado después de su muerte, hubiese escrito otros, y otros, quiero decir, varias series, que representarían varios esfuerzos y ensayos de formular por escrito definitivamente los pensamientos de fondo que, cada vez con más persistencia, subían a la superficie de su espíritu. Es oportuno recordar que cuando un libro—sobre todo si es fundamental—aparece tan hermoso y atrayente a los ojos del público lector en el escaparate de una librería, aunque le asegure el mismo libro que es la primera edición, el lector debe entender bien lo que eso quiere decir y no conformarse con entenderlo a medias. Se entiende que es primera para el lector, porque para el autor ya es la cuarta o la quinta; antes de dejarlo listo para la imprenta, ha tenido que hacerlo cuatro o cinco veces en borrador (40). Toda esta labor es comprensible en Ortega, y hace compren-

(40) Combinando datos de acá y acullá, me parece que se pueden entrever algunos materiales que Ortega ya debía tener sobre el tema de que trataba el libro en cuestión, además de esos papeles descabalados de que nos habla el *Boletín*.

Como hemos visto, en 1932 declara a F. Vela: «poco antes de abandonar mi cátedra—allá por 1929—yo sentía una profunda necesidad de 'retirarme' más que nunca, incluso de los amigos, retirarme a parir, estaba parturiento de criaturas

sible que la muerte le haya sorprendido cuando acaso iniciaba una nueva serie con aquellos papeles descabalados (41). Todo esto es comprensible en Ortega, pero rasgar el original de un libro que para mandarlo a la imprenta sólo falta darle la última mano, esa postrera soba... ese ligero pase de piedra pómez... ¡Vamos, que esto es incomprensible!

Sigue recayendo, pues, mi indignación sobre la sorprendida insinceridad de Ortega. Porque Ortega fué insincero. No se escandalice el lector, por favor, de que yo diga esta verdad a la hora de decir las verdades; escandalícese más bien de que Ortega haya defraudado su buena fe con su engañosa afirmación muy a propósito para deslumbrar y despistar a quienes se empeñaban en enjuiciarle desde el punto de vista de la oscuridad de sus Obras Completas, y restaban crédito a sus reservas intelectuales.

graves» (IV, 387). Una de las criaturas graves a que alude, parece debía ser el libro a que nos referimos, por estos indicios: A lo que creo, en febrero de 1930 comenzó un curso en la Universidad de Madrid sobre «Qué es filosofía». Este curso terminó fuera de la Universidad, en un teatro. Entonces fué cuando abandonó la cátedra (IV, 89). En julio de 1929, al final del *Anejo* a su folleto *Kant* (IV, 59, nota) es donde anuncia por primera vez, como libro que «no tardará mucho en publicarse», su *Sobre la razón vital*. En abril de 1929 da un curso extrauniversitario que versa también sobre «Qué es filosofía» (V, 454).

Conclusión: ¿No hay un cierto motivo para pensar que los apuntes de este curso últimamente citado, de tanta resonancia, junto con otros ya publicados, pudieran haber engendrado en su interior por este tiempo (46 años) el fuerte deseo de dar a la luz ese libro fundamental, junto con la ilusión de que ya había llegado a la madurez de su gestación?

Pero además, yo conozco el primer capítulo de ese libro, «bien que en su redacción más primitiva. Lleva el título de *Ideas y creencias*». Esto dice el mismo Ortega al publicarlo en 1940 (V, 379). Se trata de un esfuerzo en fijar la terminología. ¿Qué ha sido de la (supuesta) redacción menos primitiva de ese capítulo? ¿Y qué de los otros (supuestos) capítulos que le seguían? ¿Por qué vicisitudes ha pasado al correr de 15 años la apreciación de Ortega respecto a este artículo u opúsculo, cuya fraseología tan pegajosos resultados ha tenido en el modo de hablar el público culto y snobista? No lo sé. Advierto solamente que si esas dos palabras «ideas y creencias» son—y entonces lo fueron—dos términos técnicos capitales en su pensamiento filosófico, en el libro *El hombre y la gente* hay unas páginas (la 89 y las 305-306) en que desemboca el autor al contenido exactamente expresado por esas dos palabras, y, no obstante—y con cierta sorpresa para el lector—, no usa ninguna de ellas; evidentemente, clarísimamente, las rehuye. Sólo usa *incidentalmente*, esto es, no con la intensidad terminológica que tenían en aquel opúsculo, las expresiones: «creemos saber» en la pág. 89; «creencias» en la 269; «cree» dos veces en la 304; «crédito» dos veces en la 305. No sé si se me habrá quedado alguna.

(41) En realidad, de verdad, estoy agotando yo *a priori* todas las posibilidades de defensa de Ortega. Si se considera que en 1940 tenía 57 años, se le imagina uno ya escapando del momento vital en que uno puede entregarse de lleno a iniciar una nueva tentativa de reconstruir por escrito su pensamiento filosófico fundamental. Y, sobre todo, mal podría ser un hecho esta labor en 1947 (64 años), si se supone—como parece natural suponer (aunque, advierto, no me consta por

Y con esta presentación y este comentario por delante, esperemos que se publiquen aquellas páginas descabaladas que, según nos dicen, existen; y acaso algunas otras con pretensiones fundamentales, que nos proporcionen ocasión para saltar de nuevo al palenque.

5.—ESPUMANDO CONCLUSIONES FLOTANTES

Ahora sólo me queda manifestar las reflexiones generales a que estos «hechos» me han llevado a mí y creo llevan a cualquiera que recapacite con garantía.

a) *Reajustando mi juicio sobre M. Fernández Almagro.*

Ante todo, una rectificación; mejor dicho, un reajuste que reconozco me reclama en este momento M. Fernández Almagro. Más arriba dije que el calificar al libro *El hombre y la gente* de «ensayo» o conjunto de ensayos, no tenía justificación ante la apreciación que Ortega mismo manifestaba tener de ese libro, quien, como hemos visto, lo soñaba como un verdadero «tratado», exactamente lo opuesto a «ensayo». Pero ahora que vemos que el sueño de Ortega no fué más que un sueño, no una realidad, y que las frases en que lo declaraba una realidad no fueron más que patrañas, ahora que la apreciación de Ortega con que atacábamos a la de M. Fernández Almagro aparece desacreditada ante la realidad de los hechos, ante esa misma realidad podemos poner la mano como sobre un Evangelio y decir al Sr. Fernández Almagro y a quienes como él piensen, reconociendo con ello su posible visión de esa realidad: tiene usted razón; aunque el mismo Ortega soñase su libro como un «tratado», en realidad no pasa de ser, más o menos, un conjunto de «ensayos, agrupados orgánicamente bajo un sugestivo título». Antes no estaba yo de acuerdo con usted porque me preocupaba que no estuviese usted

dato literario alguno)—que, en esa fecha en que apareció la edición de toda su obra en seis tomos, ya sentía él mismo (y no sólo su Editorial) el «deseo íntimo» de reunir su obra; pues «ese gesto de echar el brazo atrás y recoger el pasado significa una altitud decisiva en la trayectoria de una vida. Tal vez se llega en él a la divisoria entre el modo ascendente y el descendente de vitalidad. El escritor advierte angustiado que pierde peso actual, que las ideas afluyen a su torrentera interior con menos abundancia, borboteo y delicioso atropellamiento. Esto le lleva a compensar su déficit presente recogiendo su pasado, poniéndolo sobre sí para que conste y complete la sensación gravitatoria que antes tenía» (V, 342. Véase también págs. 386-387). Mucho menos se comprende que esos papeles datasen de época poco anterior a su muerte (72 años), a no ser que en ellos aparezcan, claro está, los achaques de la edad.

de acuerdo con Ortega. Pero en este momento, después de haber visto que Ortega no está de acuerdo con la realidad, lo que me interesa es que usted está de acuerdo con ella ; y, remedando la sentencia, *amicus Ortega, sed magis amica realitas*. Por esto reconozco que tiene usted razón ; y que... estamos de acuerdo. ¿ Que en esa obra se acerca a lo que sería un tratado más que en cualquier otra ? Pase ; pero ya es hora que se acercase del todo (42).

b) *Reafirmando mi interpretación del ensayismo orteguiano.*

Yo he dado ya, hace más de un año, antes de que se publicase ninguna de las Obras Inéditas, mi interpretación personal del ensayismo orteguiano, precisamente al lado y en contra de la interpretación que sobre su ensayismo daba el mismo Ortega. Puede ver el lector esta interpretación de Ortega y seguidamente la mía en el artículo *Interpretaciones del ensayismo orteguiano*, que escribí en el volumen V (1956) de esta revista, páginas 233-281.

De lo que entonces dije, no me desdigo ahora nada ; al contrario, me reafirmo en ello. Porque los nuevos hechos—la realidad de la Obra Inédita—me confirman en mi interpretación con creces, corroboran mis razones más de lo que esperaba.

Una serie de razones surgidas del examen de sus Obras Completas, me certificaron que, si escribía en el género literario llamado «ensayo», era debido, en definitiva, a que otro ensayismo más hondo : el *ensayismo mental*, le impedía escribir estudios decisivos o tratados sobre los temas básicos.

Y desconfiaba en absoluto de la misma definición de ensayo que, a propósito de la interpretación de sus propios ensayos, se atrevió a lanzar con la mayor galanura (43), calificándola yo, en mi desconfianza, de sofisticada y sustrayéndole todo crédito *ad rem* (44).

(42) El primer capítulo es un ensayo o «esbozo». Véase las págs. 33-35.

(43) Transcribo, para comodidad provisional del lector (provisional porque desearía que no fuese una excusa para no leer mi artículo, sino un fulminante que le lanzase a su lectura), el texto de Ortega : «El ensayo es la ciencia menos la prueba explícita. Para el escritor hay una cuestión de honor intelectual en no escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes ésta. Pero le es lícito borrar de su obra toda apariencia apodéctica, dejando las comprobaciones meramente indicadas en elipse, de modo que quien las necesite pueda encontrarlas y no estorben, por otra parte, la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados. Aun los libros de intención exclusivamente científica comienzan a escribirse en estilo menos didáctico y de remediavagos ; se suprime en lo posible las notas al pie, y el rígido aparato mecánico de la prueba es disuelto en una elocución más orgánica, movida y personal». (I, 318).

(44) Véanse en mi artículo las páginas 234-235 ; 255-261.

Y en esta crítica de la definición del ensayo llegué al extremo: a negar estuviese obligado a admitir como una realidad contundente que tuviese cumplimiento en el caso-ortega el principio interpretativo que aparece como esforzándose en sostenerla: el «honor intelectual»; terminando por considerar este modo de hablar orteguiano como «monsergas y triquiñuelas, muy propias de quien se propone convencer al lector de lo inverosímil» (45).

Y al final de mi labor contra-interpretativa llegué a ser excesivamente indulgente con Ortega; le concedí lo que ahora la realidad le niega. Llegué a todos esos extremos, pero nunca me pasó por la cabeza que la realidad fuese más allá todavía y me forzase a ver que de sus dos «gruesos libros» capitales, el uno—el «gran mamotreto sociológico»—no es ni grueso ni grande, sino normal; normal de tamaño pero anormal en estructura, puesto que es un ente frustrado, la mitad de lo que debía ser, medio libro; y el otro—el «gran mamotreto filosófico»—no es ni grueso ni delgado, ni grande ni pequeño, no es nada: «algunas páginas descabaladas».

* * *

Pero es muy oportuno este momento para detenernos un poco a examinar una novísima «subinterpretación» que da Ortega, en su libro *El hombre y la gente*, de su *no-decir*. Según vimos en mi artículo varias veces citado, ya interpretó su *no-decir* como *callar*; esto esto, como «dejar de decir lo que se puede decir»: Allí mismo enumeramos varias «subinterpretaciones» de su *no-decir*, que resultan ser interpretaciones inmediatas del *callar*. He aquí la última interpretación que da de su *callar*: «Cuando el hombre que se dedica a pensar llega a cierta altura de la vida, casi no puede hacer otra cosa que callar. Porque son tantas las cosas que deberían ser expresadas, que se pelean y se agolpan en su garganta y le estrangulan el decir. Por eso yo llevo años en silencio...» (pág. 255. Los puntos suspensivos son también del texto).

Creo comprender exactamente lo que Ortega quiere decir con eso de la pelea, el agolpamiento, la estrangulación. Son fenómenos desagradables que se ve obligado a padecer el intelectual escritor. Los

(45) *Ib.*, pág. 259. Perdón; mal expresado. (Corríjase: «...muy propias de quien, para poder probar de alguna manera que es, lo que en concreto no es, echa mano del recurso de lo que, en general, es verosímil.

«años en silencio» a que se refiere, creo no son otros que los que van desde 1943 a 1950 en que dió el curso en que lo dijo.

La interpretación orteguiana es curiosísima. Según dice, lo que ha motivado su callar de los últimos años (entiéndase concretamente: su *no-escribir*, su no trasladar al papel los pensamientos que—supone—tiene *dentro*; pues hablar ha venido hablando ininterrumpidamente) no es ya la circunstancia, ni la prisa de la vida, ni el interés vital, ni la defensa de su saber-naciente contra las reacciones de la circunstancia adversa. Estos pudieron ser motivos en otros tiempos. Pero el motivo de su silencio de últimos años es la superfecundación de pensamientos, la excesiva fecundidad que dice haber en su interior. Las ideas, en su ansia de ver la luz, impacientes, se estorban unas a otras su nacimiento.

¿Pero no es ésta una declaración formal exactamente lo más contraria que cabe a la que yo me atreví a aventurar? ¡Vamos despacio! ¡Vamos despacio!

Yo no he dicho nunca que sus circunvoluciones cerebrales estuviesen vacías ni en los últimos años de su vida, ni en sus años mozos. Ahora afirmo lo que pienso y siempre he pensado de Ortega, sin decir nunca lo contrario: que su intelecto—en su madurez sobre todo—estaba lleno, repleto, abarrotado de ideas. Esto no quiere decir que las tuviese todas (lo que en nadie se ha cumplido, que yo sepa). ¿Tenía acaso, en su caudal, las filosóficamente más interesantes? Por este lado es por donde yo comienzo a recortar mis afirmaciones, sin hacer en la cabeza de Ortega ningún vacío. A los ojos de Ortega podrían ser todo lo interesantes, atractivas, que quisiese; ideas brillantes, sugestivas, insinuantes de trasfondos y bases. Pero...

Pero se ve anegado en el mar de sus pensamientos, invadido por las bandadas de ideas que sobre él se precipitan, perdido en la selva de incontroladas ocurrencias, abrumado por el peso de toneladas de átomos mentales sin conexión que tienen que soportar las espaldas de su personalidad intelectual. Un mundo de cosas sutiles, pero enredadas, que lleva en su cabeza y no puede con él. Se trataría de hacer la operación de poner trabazón ordenada entre las guindas intelectuales, que son los pensamientos elementales, operación filosóficamente de las más interesantes; y Ortega se fatiga en esa verdaderamente fatigosa operación. Al decidirse a efectuarla, se le enredan desordenadamente los rabos y apenas logra hacer unos nítidos ramilletes y se rinde; no se las entiende.

No niego que Ortega haya intentado poner orden severo y perfecto en sus ideas ; al contrario, creo que para definir su vida intelectual se ha de contar con esa preocupación por fondo. Y hasta ha llegado en su conato a ensayar y plastificar escorzos de sistematización (por ejemplo : el de la vida como realidad radical), pero tales esfuerzos no han terminado en nada, por obedecer al impulso de esas gigantescas visiones fatuas que le salen a uno a veces allá lejos en el camino de la investigación y que se desvanecen al punto que se acerca uno a ellas ; «intuiciones»—como se las llama—llamativas y atrayentes, mas, al cabo, insustanciales e incongruentes. Ocurre como quien, perdido en la selva, tiene la orientación cardinal, y además explora entre el follaje en derredor sin lograr alcanzar la orilla de la espesura ; no obstante sus incursiones y oteos, continúa perdido.

Todo esto se explica le pueda ocurrir a uno. Precisamente no andaría muy lejos de ser esto lo que, según el mismo Ortega, le pasaba a Dilthey... Pero ; entendámonos ! Se explica todo esto, suponiendo que quien se propone esa labor, nada fácil ciertamente, de orientar y estructurar las ideas, no tiene capacidad, potencia intelectual para llevarla a cabo (nunca mejor dicha la frase que ahora). Porque ahí, ahí precisamente está la gracia del filósofo *efectivo*, y no sólo sentimental y afectivo : en el llevarla a cabo. Ninguna oportunidad mejor que ésta para distinguir a quien domina y maneja sus pensamientos de quien es dominado por ellos.

En muchas ocasiones se ha oído ponderar el orden y concierto, el riguroso sistematismo con que aparecen los pensamientos en la unidad orgánica de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por ejemplo. Supongo que no se negará que Santo Tomás poseía un sinfín de ideas, en número muchísimo mayor, sin duda alguna, que Ortega. Supongo también que no se negará que cuando hizo la *Suma Teológica* se encontraba ya en esa «cierta altura de la vida» en que, con impaciencia de corceles, los pensamientos se precipitan unos sobre los otros, se acabalgan, se amontonan y, en consecuencia, si se los deja a sus indómitas maneras, se agolpan en el portillo de la garganta y le estrangulan a uno el decir. Pero, por lo visto, Santo Tomás les puso bridas, los domeñó, los rindió y consiguió colocar a cada uno en su puesto, en orden riguroso. Le costaría esta labor lo que le costase ; todo el esfuerzo imponente de su potencia intelectual, por lo pronto ; pero al lograrlo, ese hecho mostró palpablemente que no carecía de la potencia intelectual necesaria para lograr tal sistematización.

Pero si la invasión de pensamientos que padece uno a la altura de la vida correspondiente a la plenitud intelectual, después de haber llevado años y años de fiel y sumisa consagración al pensamiento, obligan a uno a callar con tal presión y vehemencia que uno se rinde y se reduce a silencio, señal inequívoca de que, a la hora decisiva de la vida no se siente con fuerzas para hacer frente a la invasión y encauzarla, dirigirla provechosamente. Y esto, por lo que dice él mismo, le pasó a Ortega.

Su no-decir absoluto de los últimos años, puede ser interpretado en el sentido que lo hace Ortega, esto es, como un *callar* o no decir lo que se tiene, si a lo que uno se refiere es a la multitud de átomos intelectuales de que se supone está lleno; pero no así, si lo que se supone que no-dice son las ideas más interesantes filosóficamente, pues éstas, en definitiva, no las tenía.

c) *Formulando el juicio definitivo sobre la obra total de Ortega y Gasset, como expresión de su pensamiento filosófico.*

Por un lado, los ensayos de que están totalmente integradas sus Obras Completas no tienen complemento definitivo en sus Obras Inéditas, al contrario de como era de esperar atendiendo a las promesas de Ortega. Quedan, pues, sus doctrinas en el aire; fundadas sobre supuestos esclarecimientos que no llegan. Por otra parte, sus Obras Inéditas presentan un carácter ensayístico similar al de las impresas durante su vida. Se trata, pues, de añadir éstas a aquéllas como quien suma números homogéneos; sin diferencias cualitativas esenciales.

La obra total de Ortega, de hecho, esto es, atendiendo a lo realizado por él, se resume en un conjunto de gesticulaciones filosóficas que revelan un espíritu auténticamente filosófico, pero que no logra cristalizar, petrificar o dar relieve sólido y definitivo a esas gesticulaciones; sino que se limita a reiterarlas una y otra vez, iniciándolas sin terminarlas, ensayando gestos sin dar nunca el definitivo. No se regatea, pues, al autor espíritu filosófico; se hace constar simplemente las limitaciones que manifiesta tener ese espíritu al encarnarse.

Y es un síntoma inequívoco de que no se le ha aparecido su pensamiento claro y transparente a sí mismo, en su intimidad (46), el

(46) En mi artículo citado declaré los graves motivos que tenía para pensar que el autor no tenía claro su pensamiento filosófico ni para sí mismo (págs. 269-281). A ellos se acumula ahora otro; más grave todavía: la decepción que causa la vanidad del propósito esclarecedor que reservaba para las dos tan ponderadas Obras Inéditas.

hecho de que, no obstante sus reiterados forcejeos en contrario, no ofrece su total transparencia a quien la busca en la totalidad de su Obra. Un amigo mío belga, refiriéndose a mi ya citado artículo sobre el ensayismo orteguiano me escribió lo siguiente: «Vous avez parfaitement raison. J'ai éprouvé les mêmes difficultés pour reconstruire les lignes systématiques de la pensée d'Ortega. *Mais concédons qu'il donne souvent des descriptions pré-scientifiques de notre expérience, qui sont très belles*». Concedido, *mon ami*. Y sea ello en elogio de mi compatriota Ortega y Gasset. ¿Nada más?

- d) *Meditando sobre lo que es ver, lo que es miedo y lo que son los peligros del mar.*

No se debe desperdiciar la ocasión de aprender nuevas lecciones. Esta es magnífica.

¿Qué cosa es ver? Pescatarse con los ojos de lo que se tiene ante ellos. Pero no todos se percatan de cuanto tienen ante los ojos, aun supuesto que no se trata de ciegos. Ante los ojos están las cosas cercanas y las lejanas, las que tenemos al alcance de la mano y las situadas en la raya del horizonte. En el percatarse o no de las cosas según esta dimensión de la distancia se delatan la miopía y la presbicia. Hay quienes no se percatan de lo que tienen ante los ojos si no lo tienen también ante las narices, quiero decir, a menos de tres palmos, aun cuando se trate de un bulto como el borrico Platero. Hay quienes para ver a Platero tienen que colocarlo lejos, allá donde un normal sólo ve acaso su silueta o poco más.

Pero no es esta diferencia la que más me interesa hacer constar, aunque me interesa. Es esta otra: de entre los que se percatan con los ojos de lo que tienen (cerca o lejos) ante ellos, hay quienes se comportan como si no se percatasen, en otras palabras, como no dándose por enterados. Ven como si no viesan. ¿Qué cosa les induce a hacer esta ridícula pantomima? A veces... el miedo. *Ad rem*: ¿qué es lo que en tantas ocasiones ha retraído de hablar sobre Ortega con la libertad con que se veía claro poder y deber hablar; lo que ha inducido a callar o a hablar como si no se viese lo que se veía? El miedo. Porque el miedo es... y pasamos al segundo punto.

* * *

Miedo es una cosa «tremenda», por lo pronto. Mejor dicho, el temblor y pasmo que se apodera de uno cuando se encuentra ante

una cosa muy tremenda. ¿Qué cosa tremenda y amenazante tenía Ortega para producir tal miedo? ¡Ah! El poder hablar, el poder escribir después de haber hablado o escrito uno. ¿Cómo desenredarse de su literatura envolvente? Sobre todo, ¿quién no va a temer esos gruesos volúmenes y grandes mamotretos que nadie ha visto, a que remite oportunísimamente en repetidas ocasiones, como quien remite finamente durante un diálogo de alta tensión a las cachiporras que lleva a sus flancos bajo la gabardina, y en los que asegura proporcionará cumplido esclarecimiento a los «temas más pavorosos (¡!) de la ontología general» y de la sociología? ¡Qué pavor, qué miedo! Habla Ortega y *tembla terra*.

Cuando al principio me puse de parte de la crítica apasionada, defendí... la *acción* enérgica *pro veritate*, no la *pasión* estúpida del miedo tonto. Dice Pascal: «Il faut savoir douter où il faut» (47). Pero... *monsieur, ici il ne faut pas*. Y si alguien te aconseja lo contrario no le hagas caso, que es el miedo, mal consejero. Esto va para quienes temen a Ortega.

* * *

Y pasamos a lo del mar. La filosofía, el mundo filosófico, es un mar, un océano. ¿Qué mar? ¡Lástima que al océano de las tempestades le traicione el nombre de «Pacífico»! Digamos que la filosofía es el océano Atlántico. Un mar lleno de peligros. ¿Las sirenas? Un peligro éste, ciertamente. El del «encanto». Pero este va conjurado, complicado con otro: el de los Atlantes. Por rutas suboceánicas caminan los titanes de la antigua hundida Atlántida. A veces hace asomar alguno su hombro o su enorme cabezota en el lineal horizonte —los hombres los llaman escollos y atolones— y a ellos van a estrellarse los desgraciados que se dejaron seducir por las sirenas... ¡Peligros del mar, peligros de la filosofía! Lanzarse al océano de la filosofía, mar adentro, seguro de sí mismo pero sin carta de marear, confiado en ir descubriendo el camino «sobre la marcha», a medida que lo va describiendo la estela de la embarcación, es muy temerario; es exponerse casi inevitablemente al naufragio, a ser encantado por las sirenas e ir a estrellarse contra el hombro o el testuz de algún Atlante. El miedo es cosa poco aconsejable, pero la temeridad o seguridad excesiva también. Y esto va para Ortega.

(47) PASCAL, B.: *Pensée*. París, Edic. E. Havet, 1891, art. 13, n. 2.

Dice Pascal : «Il faut savoir... assurer où il faut» (48). Pero... *monsieur*, no sólo *où il faut*, sino *comme il faut*. Y aquí el modo de asegurar y «asegurarse» contra los bajíos y los escollos es adquirir o hacerse la carta de marear. Sin ella hay inminente peligro. ¿Peligro? Dice el Eclesiástico (43, 26) y traduce casticísimamente el P. Granada : «Los que navegan la mar cuentan los peligros della».

e) *Aconsejando carta de marear*

Y es temerario también y peligroso seguir la estela de una embarcación que va sin rumbo.—Y esto va para quienes siguen incondicionalmente a Ortega.—Eso no es garantía de orientación y de salvación. «Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el pozo»; ambos caen en el abismo, dígase aquí. Son muchos, sobre todo entre aquellos que no piensan nada, o lo hacen atropelladamente—los jóvenes—, los que se entusiasman por el «encanto» de la literatura de Ortega ; y que, sin saber—sin poder—distinguir entre literatura y pensamiento (tan íntimamente unidos por el autor), son seducidos por aquélla a seguir la estela doctrinal de Ortega. Se dejan «encantar». Pues bien ; a quienes ingenuamente ceden a ese encanto yo les aconsejo que se dejen de seguir estelas y que para dejarse conducir de alguno por el océano de la filosofía exijan siempre, siempre y con todo rigor un *mínimum* : la carta de marear. Sin ella, el guía es como un ciego que guía a otro ciego.

Carta de marear, sistema rígido, principios básicos y concatenación de todos los pensamientos con esas bases, es *lo menos* que se puede exigir a uno que se declara o se intenta constituir piloto de mareantes, conductor de carabela capitana de flota. Sin la carta, derrotará a la aventura, rumbo a la nada, quizá a un escollo ; y los que le siguen correrán la misma suerte, esto es, la misma desgracia. Sin carta de marear es peligrosa la navegación filosófica.

Y Ortega no nos ha mostrado su carta de marear por el océano de la filosofía. Esto está probado, demostrado hasta la saciedad en estas páginas. Y además, en mi artículo varias veces citado, he mostrado los fundamentos (corroborados con el presente) que me permiten decir que, a más de no habérnosla mostrado, no la tuvo él mismo ; y esta fué la razón última de no mostrárnosla. ¿Hay alguien todavía que se deje encantar y siga la estela de Ortega, aun cuando se le diga, se le

(48) *Id.*, *Ib.*

pruebe y sepa que va sin ruta definida, y que esté dispuesto tan incondicionalmente a seguirle que sólo la presencia de un patético encallamiento de la nave o un trágico naufragio sea capaz de obligarle a abandonarlo? Pues no le lanzaré el reto vulgar de que se apueste un duro si le demuestro los mil infortunios de esa clase que padece la navicilla del pensamiento orteguiano por la oceanía de sus páginas; le suplicaré simplemente que me busque una Casa Editorial que se haga cargo de los originales que le envíe; y entonces, comenzando por la crítica de la terminología fundamental y pasando por las etapas que va atravesando su ensayismo, llegaré a mostrar punto por punto las incongruencias y los errores de que va siendo víctima. ¡Así! (49).

f) *Colocando a Ortega en su puesto*

Para colocar a Ortega y Gasset en su puesto, hay que situarlo formando número entre los que filosofan sin filosofía, quiero decir, entre los que, insatisfechos de todas las formas de filosofía (=sistemas) ya existentes, desconfiados de toda carta de marear o plano oceánico que aparezcan en los escaparates, filosofan, navegan precisamente en busca de una filosofía nueva, de una carta de marear de nuevo trazo (que pretenden trazar ellos por sí mismos), para dárnosla y facilitarnos el filosofar, la navegación. Hay que situarle entre los que son literalmente, etimológicamente, cordialmente «filó-sofos», amantes de una filosofía (=de un sistema) que todavía no hay, que ni ellos tienen; pero también un poquitín temerosos de encontrarla, por el miedo supersticioso a que se les vaya a esfumar en ese instante el dulce amor. En fin, entre los que murieron antes de darnos esa filosofía y... antes de conseguirla ellos.

ISACIO PEREZ

(49) La corrección de pruebas me concede la satisfacción de remitir al lector a la obra *La filosofía de Ortega y Gasset*, del P. Santiago Ramírez, O. P., que dió al público la «Editorial Herder» hace ocho días (20 de febrero) en Barcelona, y todavía no he podido leer; aunque, dada la gran figura filosófica de su autor, estimo será definitiva.